Richelieu

9663

Lytton

17

RICHELIEU

DRAMA EN CINCO ACTOS Y NUEVE CUADROS,
ORIGINAL DE SIR BULWER LYTTON.

Estrenado en Méjico el 15 de Marzo de 1904.

TRADUCCIÓN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA DE MORTEMAR..	Sra. Ferri.
MARION DE LORME. . .	» F. Comendador.
CARDENAL RICHELIEU.	Sr. Thuillier.
LUIS XIII..	» Sárraga.
GASTON, duque de Orleans..	» Díaz
BARADAS.	» Parera.
CABALLERO DE MAUPRAT.	» Montenegro.
EL SEÑOR DE BERINGHEN..	» Pastor.
JOSÉ..	» Rausell.
FRANCISCO.	» Aguirre.
HUGO.	» Torrent.
CORTESANO.	» Barceló.
UN CAPITÁN DE ARQUEROS.	
EL GOBERNADOR DE LA BASTILLA.	» Marín.
UN CARCELERO.	» Catalán.
SECRETARIO 1.º.	
PAJE..	

Cortesanos, pajes, conspiradores, oficiales y soldados.

RICHELIEU

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una sala en casa de Marion.

ESCENA PRIMERA

En el centro de la escena una mesa servida con vino, frutas, etc., á la cual estarán sentados Baradas y cuatro cortesanos. En primer término, Gaston, duque de Orleans, sentado en un gran sillón. Marion de Lorme le ofrece una copa. A otra mesa, el señor de Beringhen y el caballero de Mauprat juegan á los dados con otros cortesanos.

GASTON

(*Bebiendo.*) ¡Por nuestra empresa!

BARADAS

(*Mirando de reojo á Marion.*) ¡Cuidado, señor!...

GASTON

No, Conde. Nada temáis; me adora. En parte alguna más seguros que en casa de Marion.

670070

BARADAS

Sin duda. Pero guardamos un secreto, y el agua y el fuego, la mujer y el secreto fueron siempre enemigos declarados.

GASTON

Bien está. Marion, vé si se animan los jugadores.

BARADAS

En mi poder el convenio ultimado. Sólo falta nuestra firma. Tan pronto como le sea enviado al duque de Bouillon, y juntamente nuestro pacto con el Conde-Duque, el Richelieu del Escorial, el Duque unirá sus tropas con las españolas y marchará hacia París. El Rey será destronado; vos seréis nombrado Regente; vosotros y yo, señores, formaremos el nuevo Consejo. He aquí lo más importante de nuestro plan.

GASTON

Pero Richelieu es un Argos: vigilante siempre. Si sospecha de nosotros podemos despedirnos de la vida.

BARADAS

Por eso es preciso adormecer á nuestro Argos, y para siempre. Antes de enviar á Bouillon estos despachos, enviemos á Richelieu al cielo. A mi cargo queda. Mañana volveremos á vernos aquí. Vos, señor, más que nadie interesado, por vuestro honor y vuestras esperanzas, en esta empresa, buscad entretanto algún bribón redomado en quien pueda fiarse, capaz de hacer llegar á Bouillon nuestro convenio. Yo, por mi parte, entre los enemigos de Richelieu hallaré pronto alguno tan desesperado que se preste á servirnos, creyendo servir á su venganza.

GASTON

(*Levantándose.*) Así será. ¡Hasta mañana! ¡Vamos, señores!... (*Salen el Duque y varios cortesanos.*)

ESCENA II

Dichos, menos el DUQUE y varios cortesanos.

BERINGHEN

Doblo la puesta.

MAUPRAT

Aceptado.

BERINGHEN

Así me gusta. Aunque, en verdad, me apena sangrar así vuestro peculio ya *in extremis*.

MAUPRAT

Habéis asistido á su dolencia por tanto tiempo, que es muy justo le ayudéis á morir.

CORTESANO 1.º

Perdísteis.

OTRO

¡Pobre Mauprat!

BERINGHEN

El desquite...

MAUPRAT

(*Levantándose.*) No, es mi bancarrota. Todo lo he perdido, menos el honor y la espada.

BERINGHEN

El honor y las capas largas no están ya en uso. He-

mos caído en que estorban el paso cuando se va de prisa. La espada todavía sigue á la moda; el diablo la preserva.

CORTESANO 1.°

Y aún puede seros de algún provecho. Ofrecédsela al cardenal Richelieu. Cambia gustoso oro por hierro cuando se trata de un valiente como vos.

MAUPRAT

¡Richelieu!

BERINGHEN

(Bajo á Baradas.) Al oir su nombre muda el color. En sus momentos de mayor alegría, basta murmurar á su oído una palabra: Richelieu, y es como si le nublárais el sol de su vida.

BARADAS

Antes de ahora lo he advertido.

MAUPRAT

La reina de Egipto pulverizó su más rica perla para beberla en su copa. Así quisiera yo hacer con la vida y todos sus tesoros. Y apurarlos de una vez así. *(Bebiendo.)*

BERINGHEN

Vamos, señores, daremos un paseo. ¿No venís, Mauprat?

MAUPRAT

Perdonadme. Hemos de vernos antes de anochecer.

BARADAS

Yo me quedo también. Mi compañía sirve de consuelo á nuestro amigo. *(Salen Beringhen y los demás cortesanos.)*

ESCENA III

BARADAS y MAUPRAT

MAUPRAT

¿Consuelo?...

BARADAS

¡Habéis perdido y no estáis triste!

MAUPRAT

La vida y el dinero tienen alas, y han de volar por fin. Abramos la jaula y veamos alegremente cómo tienden el vuelo.

BARADAS

Sois un hombre enigmático. Osado en la guerra, y, no obstante, desdeñoso con la gloria. Alegre en las acciones y triste en el reposo, extremos en que vuestro corazón muestra la fiebre de algún mal profundo. Confiad en mí. Juntos pasamos nuestra juventud, y en la misma tierra, bajo el mismo cielo en que parecía sonreir la estrella de nuestras esperanzas. Juntos forjamos mil aladas quimeras, y nuestra imaginación se elevaba á muy altos destinos. Después, la suerte nos separó. A mí me trajo, como veis, á ser cortesano, conde, favorito del Rey... A vos, á ser espejo de los valientes caballeros de Francia. ¿No estáis satisfecho de vuestra suerte? No; confiad en mí... Guardáis un secreto.

MAUPRAT

Sí. Un secreto que me atormenta como si me hallara poseído de una legión infernal. Adonde quiera que

miren mis ojos, una tumba se abre ante ellos: la mía. Quiero confiar en vos... Odiado del Cardenal, engañado por el duque de Orleans, ya sabéis que me uní á los rebeldes del Langüedoc, que caí prisionero y fuí encerrado en la Bastilla.

BARADAS

Pero lográsteis el perdón general que el duque de Orleans pudo conseguir para él y para cuantos obedecieron sus órdenes en la rebelión.

MAUPRAT

Advertid bien esas palabras: para cuantos obedecieron sus órdenes. Pero cuando me dirigía á unirme en el Langüedoc con las tropas del Duque, mozo imberbe yo, á mis órdenes otros jóvenes arrebatados y valerosos, asaltamos la ciudad de Faviaux, y sobre los estandartes reales ondearon bien pronto las banderas rebeldes. Cuando llegué al campamento del de Orleans, el Duque, temeroso siempre, reprendió mi conducta, y tened cuenta, el haber desobedecido sus órdenes. Por esta causa Richelieu borró mi nombre del perdón concedido á todos.

BARADAS

No obstante, salísteis de la Bastilla.

MAUPRAT

El Cardenal me llamó á su presencia y me habló de este modo: «Os habéis apoderado de una ciudad de Francia sin orden de vuestro jefe. Para vuestra traición solo hay un castigo: la muerte».

BARADAS

¡La muerte!

MAUPRAT

Pero añadió: «Vuestra juventud y vuestro linaje me inspiran compasión, y tampoco es mi deseo fatigar demasiado al verdugo. Uníos á vuestro regimiento, que debe marchar á combatir contra los españoles. Trocad el cadalso del traidor por la tumba del soldado, y de este modo vuestra memoria quedará sin mancha. El Rey nunca sabrá vuestro crimen».

BARADAS

¡Oh, compasiva bondad! ¡Oh, amable invitación!

MAUPRAT

Bien sabéis si combatí con arrojo. Perseguí á la muerte con afán de enamorado; pero como la ninfa Dafne entre los brazos de Apolo, convirtióse en laurel que no pude lograr.

BARADAS

¿Y el Cardenal?

MAUPRAT

Al revistar las tropas de vuelta de la guerra, sus ojos se clavaron en mí; frunció el ceño, y «¿qué es esto?», me dijo. «Habéis escapado de la espada; tened cuidado con el hacha: puede sorprenderos algún día». Pasó sin decir más. A poco fuimos llamados á París, y ya lo sabéis todo.

BARADAS

¿Y qué esperáis así, como pajarillo fascinado ante una serpiente, mientras vuestros mejores amigos consagran en su corazón votos fervorosos por la muerte del sombrío tirano? Despertad, sed de los nuestros; la ocasión es propicia. El Rey detesta al Cardenal, y solo

desea verse libre de un súbdito demasiado poderoso. Nada temáis. Uníos á nuestros amigos y libertad á Francia y libertáos á vos mismo.

MAUPRAT

La vida de Richelieu está protegida por algún encanto sobrenatural. Cuantos osaron á él hallaron la muerte.

BARADAS

Y mientras él exista su sentencia pesará sobre vos.

MAUPRAT

Mejor víctima, Conde, que asesino. Francia necesita de un Richelieu; para nada necesita de un Mauprat. No hablemos más de esto. La vida es para mí una pesadilla, y mis propios pensamientos son sus espectros. ¿Qué hay para mí en la vida de halagüeño, sin gloria, sin amor?...

BARADAS

¿Sin amor?

MAUPRAT

Soy joven.

BARADAS

Y Julia hermosa.

MAUPRAT

Sí, amo, es verdad. Poseéis todos mis secretos, pero á nadie los reveléis. Lejos de mí la tristeza, mientras se vive, deshojemos alegremente las rosas de la vida.

ESCENA IV

Dichos y HUGO

HUGO

Señor de Mauprat, seguidme de orden del Cardenal.

MAUPRAT

Ya lo veis, amigo mío; terminó la tregua; el tigre jugó bastante con su presa. ¡Adiós! Cuando alguien se acuerde de mí, responded: «Adrián de Mauprat vivió sin esperanza y murió sin miedo. ¡Adiós!» *(Salen Mauprat y Hugo.)*

BARADAS

(Solo.) ¡Adiós!... ¡Ojalá para siempre! Te había designado para ser el asesino de Richelieu... Mejor, ¡su víctima! ¡Te odio! De niño, eras más fuerte que yo; ¡te odiaba! De joven, más gentil; ¡te odiaba siempre!... Ahora eres mi rival. Cuando tus labios pronunciaban el nombre de Julia, yo sonreía, porque mi pensamiento anticipaba la muerte suspendida sobre tu cabeza. ¡Amor, ambición! Estrellas gemelas de mi destino, ¡favorecedme! Con el favor del Rey, Julia será mi esposa... á despecho del señor Cardenal; con el favor del Rey, seré ministro de Francia... á despecho del señor Cardenal. Y después... después... El Rey ama á Julia... ¡Príncipe débil, pérfido tirano! Después, con el auxilio del duque de Bouillon y de España, el Rey será destronado... todo á despecho del señor Cardenal.

CUADRO SEGUNDO

Un salón en el palacio del Cardenal. Trofeos de armas, banderas, etc.

ESCENA PRIMERA

RICHELIEU y JOSÉ, fraile capuchino.

RICHELIEU

¿Y piensas que esta nueva conspiración es la trampa más hábil, que nunca se preparó, para cazar al zorro viejo? ¡El zorro! Me place el apodo. ¿Qué dijo Plutarco del viejo Lisandro?

JOSÉ

No recuerdo.

RICHELIEU

Cuando la piel del león es corta, debe añadirse con la del zorro. Lisandro fué un gran hombre de Estado.

JOSÉ

El duque de Orleans figura á la cabeza de los traidores.

RICHELIEU

¡Gran cabeza!... ¡De palo! ¿Y además?

JOSÉ

El favorito, conde de Baradas.

RICHELIEU

Mala hierba, que creció demasiado. Primer gentilhombre de cámara, poseedor de títulos, tierras, oráculo del Rey. Muchos años me costó á mi subir, como ese pintado camaleón subió en seis días... Pero soy yo quien sostiene la escala; si la suelto, la caída es segura. ¿Qué más?

JOSÉ

Una intriga, para hacer de vuestra ahijada instrumento de vuestros enemigos. La colocástis al lado de la Reina, como dama suya, para que vigilara á su alrededor...

RICHELIEU

Y esa necia criatura viene á verme todos los días, me colma de caricias, me llama padre, pide al cielo por mí y... ¡tanto me valiera haber llevado una muñeca al lado de la Reina! De nada se entera, nada sabe, ni quién habla despechado, ni quién sonríe, ni qué enemigos antiguos se reconcilian y cuchichean en secreto, ni escuchó detrás de las puertas... ¡Mozuela insubstancial! ¡Y dice que me quiere!

JOSÉ

El Rey está enamorado de ella.

RICHELIEU

¡Enamorado! Tú sabes con cuántos desvelos arranqué cuidadosamente la hiedra del amor que intentara, insidiosa, prosperar á su sombra. ¿Y había de consentir que prospere la mía, bajo el árbol sagrado en que los más puros pensamientos, como alegres avecillas cantan tan dulcemente que los ángeles del cielo se recrean al oirlos? La Iglesia condena los impulsos de la carne, y nosotros, columnas de la Iglesia, debemos maldecir de

ellos. El Rey es débil; cualquier mujer que él amara, llegaría á dominarle. Esa mujer amaría á otro que, á su vez, dominaría á la dama, y de este modo, ¡quién sabe adónde nos conducirían! No; el Rey solo debe tener un amante: el Estado, el Estado, que es Richelieu.

JOSÉ

¿Quién mejor? El Rey, por decoro, y pensando sin duda que sois demasiado celoso guardador de vuestra ahijada, intenta conseguir su propósito casándola con vuestro orgulloso enemigo el conde de Baradas.

RICHELIEU

Sé yo de otra esposa mejor para Baradas.

JOSÉ

¿Vos, señor?

RICHELIEU

Sí. Una fiel esposa, como no puede serlo mujer alguna. En su regazo puede descansarse tranquilo; en ella no hay tristeza posible ni engaños; nunca mancillará su tálamo.

JOSÉ

Si esa fiel esposa es la muerte, y su tálamo es la tumba, prefiero nuestro celibato.

ESCENA II

Dichos y FRANCISCO, paje.

FRANCISCO

Mademoiselle de Mortemar...

RICHELIEU

Llega muy oportuna. Hacedle entrar. *(Sale Francisco.)* José, en mi oratorio hallarás unas disciplinas; esta mañana omití un Avemaría en mis oraciones; grave pecado. Mortifícate por mí, José. Soy débil, tú eres fuerte. Por caridad, toma sobre ti mis pecados.

JOSÉ

Lejos de mí la vanidad de sustituiros en vuestros pecados y en vuestras penitencias. *(Aparte al salir.)* ¡Gracioso ofrecimiento! *(Sale.)*

ESCENA III

RICHELIEU y JULIA

RICHELIEU

¡Mi dulce Julia! ¡En tus ojos luce un alegre amanecer! Cuando vienes á verme, es la Aurora que viene á visitar á Tifón.

JULIA

¿Estáis contento? ¿Puedo llamaros padre?

RICHELIEU

Ahora y siempre.

JULIA

¡Padre! ¡Dulce palabra para el corazón de una huérfana!

RICHELIEU

Huérfana no, mientras Richelieu viva. Tu padre me quiso bien; fué mi amigo verdadero cuando yo aún no tenía aduladores. Ahora soy grande, es decir, no tengo

un solo amigo. Tu padre murió muy joven por la edad, no por los servicios. Te confió á mi tutela, y será tal tu dote que podrás aspirar á unirte al más poderoso de los poderosos. ¡Lágrimas, suspiros!... ¿No eres feliz en la corte?

JULIA

No, no lo soy.

RICHELIEU

Eres joven, hermosa, todos te admiran. Su Majestad, ¿no ensalza tu belleza? ¿No te ruega á menudo que cantes, y afirma que la dulzura de tu canto aplacaría la cólera de Saul?

JULIA

Nuestro amable Rey es muy enfadoso.

RICHELIEU

¡Enfadoso! ¿Qué dices? Los Reyes no son nunca enfadosos más que á sus ministros. ¿Qué galanes caballeros son los preferidos entre las damas? ¿Gourdiac, Longueville ó el favorito Baradas?

JULIA

Un hombre que jamás sonríe; me da miedo.

RICHELIEU

Aseguran que te galantea.

JULIA

Aún es más enfadoso que Su Majestad.

RICHELIEU

Sí, sí. Huye de ese hombre. Pero entre tantos caballeros, ¿la flor de Francia no hay uno que merezca tu atención?

ESCENA IV

Dichos y HUGO

HUGO

El caballero de Mauprat espera.

JULIA

¡De Mauprat!

RICHELIEU

¿También es enfadoso? *(A Hugo.)* ¡Al punto!

JULIA

¿Qué significa? ¿Le conocéis? ¿Sabéis acaso?...

RICHELIEU

Le conozco. ¿Y tú? ¿Habló contigo muchas veces?...

JULIA

No, casi nunca. Cinco ó seis veces. Sí, cinco fueron. Rara vez parece por la corte.

RICHELIEU

Es un insolente y fanfarrón aventurero.

JULIA

No. Decid más bien modesto y afable y siempre triste, si no me engaño.

RICHELIEU

También crees conocerle, ¡y tan pronto! ¡Cuidado, niña! Pon más alto tus miradas. Alguna cuenta pudiera yo tener pendiente con ese caballero.

JULIA

¿Os enojáis conmigo? ¿Porqué causa?

RICHELIEU

¿No son odiosos para ti todos mis enemigos?

JULIA

Lo son, bien lo sabéis.

RICHELIEU

¿Y no odiáis á Mauprat?

JULIA

No, á Mauprat, no. A Adrián, no. No es vuestro enemigo.

RICHELIEU

A Adrián... ¡así, con llaneza! Está bien. Retírate ahora. Aquí, no; en esta parte. Pronto seré contigo.

JULIA

Me miráis con enojo. No me atrevo á llamaros padre, y quiero hablaros, señor...

RICHELIEU

¡Basta, niña!

JULIA

No, sonreidme, sonreid como antes... Ahora ya soy dichosa. No tengáis á Mauprat por enemigo. No puede serlo, no lo será, yo os lo aseguro.

RICHELIEU

¿Que no tenga á Mauprat por enemigo? Tú lo quieres, sea. Queda borrado de la lista.

JULIA

Ahora sí, ahora puedo llamaros padre. *(Sale Julia.)*

ESCENA V

RICHELIEU, HUGO y después MAUPRAT

RICHELIEU

Hugo, ¿el caballero de Mauprat no hizo resistencia?

HUGO

Ninguna. Espera tranquilo.

RICHELIEU

Conducidle aquí. Ved si oculta algún arma, y vigilad cerca. Si intenta la menor violencia... ¿entiendes? Acércate. (*Examinando la espada de Hugo.*) Sí, es buena espada. Le matas como á un perro.

HUGO

Descuidad. Ya sabéis que mis golpes son seguros. (*Sale Hugo y entra Mauprat.*)

RICHELIEU

Acercáos. ¿Cuánto tiempo ha que tuve el honor de recibiros aquí mismo? ¿Os acordáis? Tres años, creo.

MAUPRAT

Sí, me acuerdo. Es un recuerdo...

RICHELIEU

Inolvidable por lo grato; ¿no es eso?

MAUPRAT

(*Aparte.*) ¿Aún quiere burlas conmigo?

RICHELIEU

Os concedí una gracia que no habéis sabido aprovechar. Vivís todavía.

MAUPRAT

Afronté la muerte cara á cara. A eso vengo.

RICHELIEU

Vuestras palabras son arrogantes.

MAUPRAT

Nunca las desmintieron mis hechos.

RICHELIEU

¡Vuestros hechos! ¡Ah, miserable vanidad humana! ¡Vuestros hechos! Ciudades saqueadas, campos asolados, hogares profanados, hombres pasados á cuchillo.. En la hora de dar cuenta á Dios de vuestras acciones, no os mostraréis muy orgulloso de ellas. ¡Sangre y fuego, montones de cadáveres! Mal puente para llegar al cielo.

MAUPRAT

¿La guerra es pecado? Vos arrojásteis el guante.

RICHELIEU

Es verdad. ¡Pero qué diferencia! Yo, que sé bien las causas que debían santificar vuestras armas, declaré la guerra para lograr la paz; Francia vertió su sangre; bien lo he llorado. Pero miré más alto, y ví á Francia próspera y gloriosa. Vos solo fuísteis un arma de combate, nada veíais, nada podíais prever; inútil para todo, salvo para matar por vuestra paga. Acciones, sí, acciones; esa fué vuestra parte. Pero ¿qué son las acciones sin una idea?

MAUPRAT

Si hubiérais hablado así á vuestras tropas antes de enviarlas á la guerra, sospecho que hubiérais tenido que marchar vos solo á combatir contra los enemigos de Francia.

RICHELIEU

Sois en extremo agudo, señor de Mauprat; pero he de haceros otros cargos, de que os será más difícil la disculpa. Sentenciado á una muerte cierta, ¿cómo habéis empleado el tiempo que os concedí para la meditación y la penitencia?

MAUPRAT

¿Queréis decir?...

RICHELIEU

¿No es clara la pregunta? ¿Qué sacerdote? ¿Qué iglesia frecuentásteis? ¿Qué cilicio atormentó vuestra carne? ¿Qué piadosos ejercicios fueron los vuestros? Lo que debísteis hacer y no hicísteis, pronto está dicho. Lo que hicísteis, en cambio, larga historia. Juego, pendencias, orgías. Así os preparábais santamente para el juicio eterno. ¿Os culpo sin razón, señor de Mauprat?

MAUPRAT

Nunca fué esa mi vida. Si cambió después, la culpa fué de quien cambió mi destino. ¡Vivir en plena juventud con el espectro de la muerte siempre delante, siempre amenazador, con más ansias de vida en cada instante, por si aquel instante era el último! ¿Qué hubiérais hecho en mi lugar?

RICHELIEU

Acaso, como vos, hubiera sido un pendenciero, un rebelde; nunca un jugador de ventaja, nunca un ladrón.

MAUPRAT

¡Cardenal! ¡Desdecíos de esas palabras! *(Aparece Hugo con la espada desenvainada.)*

RICHELIEU

¡Calma! ¡Calma, amigo! El caballero de Mauprat está tranquilo, puede esperar todavía. *(Hugo vuelve á ocultarse.)* Habéis derrochado vuestra hacienda; no os culpo por ello, quisísteis ser pobre; cada cual con su gusto. Pero sí os culpo de que, siendo pobre, hayáis vivido como si no lo fuérais. La trampa fué el crisol de vuestra piedra filosofal. Ostentosos vuestros vestidos, todo seda y lazos; sin par vuestros caballos; espléndidos vuestros banquetes. ¡Y vivíais así del engaño, á costa del trabajo y de la industria, y de mucha pobre gente, para la que no teníais otra paga que el responderles desabrido al reclamar su deuda! Sois un impertinente. Semejante habilidad, caballero, perdonad mis palabras, cuando se ejecuta sin esa graciosa delicadeza que los nobles ponéis en todo, se llama claramente robar. Sí, caballero de Mauprat. ¿Y no os avergüenza por vuestra condición, por vuestro linaje? Es preciso que paguéis vuestras deudas.

MAUPRAT

No deseo otra cosa, señor; pero, ¿quién me prestará el dinero para pagarlas?

RICHELIEU

¡Gastáis buen humor! *(Aparte.)* Creo haber encontrado el hombre que necesito. Agudo, franco, atrevido... *(Alto.)* Escuchad: Todos me juzgan cruel, ¿no es eso? No lo soy; soy justiciero. Hallé una Francia destrozada, un déspota tirano en cada poderoso, un bandido en cada pobre. La indisciplina en la milicia, el cisma en la Igle-

sia, la rebelión por todas partes. Y leyes caducas, enmohecidas como vieja espada. Yo rehice á Francia. De las cenizas del carcomido feudalismo surgió, con alas luminosas, como ave fénix, una Francia nueva, feliz y poderosa... ¿Cuáles fueron mis artes? Genio, dicen los unos; fortuna, dicen los otros. Alguien murmurará: brujería. No, todo mi arte fué uno solo, justicia. Los bandidos y los traidores la llaman crueldad. Confundidlos, sed mi paladín. Llegásteis á mí como enemigo, volved siendo mi amigo. No moriréis. Francia os necesita. Tendréis riqueza, honores; seréis grande. Solo os pido, en cambio, esta vuestra mano, que entregaré á una esposa cuyo dote puede parangonarse con su hermosura.

MAUPRAT

¡Esposa!... Monseñor, yo no pretendo casarme.

RICHELIEU

Pensadlo bien, peor es la muerte.

MAUPRAT

No lo sé. El hombre más cobarde puede afrontar la muerte con serenidad; pero ante el matrimonio, ¿quién no tiembla?

RICHELIEU

Me engañas. Sé que osaste enamorar á mi ahijada.

MAUPRAT

¡Cómo puede amar al sol el arroyo que corre! Al correr refleja sus destellos un momento en su corriente trémula, y sigue su curso.

RICHELIEU

¿Le hablaste de tu amor?

MAUPRAT

No á ella, á cualquier mujer de más baja condición que me hubiese amado, nunca la hubiera revelado mi amor. Fuera un crimen pretender unir una vida toda juventud y esperanzas, á la mía, amenazada de muerte afrentosa.

RICHELIEU

Creo en tu palabra, y si así es, si nada sabe de tu amor, renuncia á ella, acepta de otra mano la vida y la fortuna. ¿Callas?

MAUPRAT

Vuestro destino fué glorioso, mal podéis saber cuánto vale para un corazón desesperado un amor, aun sin esperanza. En silencio, dentro de mi alma, como en un santuario, vivirá siempre este amor para mí solo. Por todo el oro del mundo, por la vida, por cuanto podáis ofrecerme, no haré traición á este amor mío; á ese precio no acepto vuestra gracia, cúmplase mi destino.

RICHELIEU

¡Hugo! (*Entra Hugo.*) Conducid á vuestro prisionero; seréis su ejecutor. (*Escribiendo y dándole después un pliego.*) Vuestra sentencia se cumplirá en secreto. El cielo se apiade de vuestra alma.

MAUPRAT

Cuando haya muerto, decidle cuánto la amé.

RICHELIEU

Dejad esas locuras. Id. (*Salen Hugo y Mauprat.*)

ESCENA VI

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

José, pronto, avisa á un notario. Ordena á mis gentes que dispongan mi casa de Luxemburgo, que desde ahora deja de ser mía. Es el regalo de boda á mi ahijada, que debe casarse mañana.

JOSÉ

¡Casarse! ¿Con quién?

RICHELIEU

Con el señor de Mauprat.

JOSÉ

¡Esposo sin dinero!

RICHELIEU

¡Bah! Para una mujer hermosa, un hombre y no un saco de escudos debe buscarse. Cuando su padre, mi fiel amigo, yacía en su lecho de muerte, le juré ser otro padre para su hija, y murió sonriendo. Y ahora, cuando perdoné la vida al que ella ama, me pareció verle sonreir de nuevo. Además es el hombre que necesito en la corte para suplantar al favorito, frustrar los designios del Rey y desbaratar sus planes. Le puse á prueba. Es honrado, es valiente, cualidades que elevan el alma del hombre con vuelo de águila poderosa, capaz de afrontar los rayos del sol, que derriten las prestadas alas de cera de tantos Icaros. Y es muy inteligente. Cuando se

representó mi tragedia ante un concurso de ignorantes, incapaces de comprenderla, observé cómo aplaudía en los más hermosos pasajes. Créeme, José, es un hombre de mérito.

JOSÉ

Era enemigo vuestro.

RICHELIEU

¿Y no tengo ya bastantes enemigos? De mayor provecho me será trocar á algunos en amigos. Ya sabes mi gran máxima. Primero cuanto se pueda para conciliar.

JOSÉ

¿Y si no es posible?

RICHELIEU

Cuanto se pueda para destruir. Y así, al abrir y al cerrar de esta mano, de esta mano tan pequeña, estrujaré todo el veneno de esos mezquinos cortesanos. Así, así, aplastaré á Baradas.

JOSÉ

¿Y cómo impedirles la conjuración?

RICHELIEU

¿Impedir? Dejemos que prospere, que florezca, que madure. Cojamos el fruto en sazón, fruto de muerte, ceniza por dentro, ceniza que yo sabrá dispersar á los cuatro vientos. Corre, José, haz cuanto te dije. A tu vuelta te obsequiaré con algo de tu gusto, escucharás el nuevo acto de mi nueva tragedia. Creo haber escrito una hermosa obra. Tú juzgarás, tú entiendes de poesía, también escribes versos. No están mal tus versos; hay buen gusto, discernimiento. Mueren las leyes, la poesía es inmortal. Como ministro no tengo vanidad alguna, pero como poeta... Escucha, escucha estos versos.

JOSÉ

Señor, el contrato de boda, el notario...

RICHELIEU

Sí, tienes razón. Habrá que esperar. Por ti lo siento. Hermosos versos. *(Sale José.)*

ESCENA VII

RICHELIEU, JULIA y MAUPRAT

MAUPRAT

Decid, señor, ¿qué es esto? No quiero pensar que es un sueño, y menos una burla cruel.

RICHELIEU

¿Vives todavía?...

MAUPRAT

No lo sé. Pienso que he muerto y estoy en el cielo.

RICHELIEU

¡Linda pareja!... ¡Oh, estoy contento!

JULIA

Seremos vuestros hijos.

RICHELIEU

Sí, mis hijos. Levantad, hijos míos, los dos. En vuestra juventud y en vuestro amor renace mi juventud y cuanto en ella amé. Sí, yo también amé. Pronto os bendecirá un sacerdote, y el sol de mañana alumbrará vuestra felicidad.

JULIA

¡Padre mío! Por siempre borraré de mi corazón el nombre de huérfana.

RICHELIEU

¿Qué decís, señor de Mauprat? ¿No tiembla el más valiente ante el matrimonio?

MAUPRAT

¡Ah, señor!

RICHELIEU

Os esperan. *(Salen Julia y Mauprat.)*

ESCENA VIII

RICHELIEU

¡Oh poder sobrehumano, semejante al de Dios! Alegría, tristeza, miseria, riqueza, en manos de un viejo enfermo, que puede dispensarlas á su antojo, como la suerte de un gran reino, todo á mi voluntad. ¿Y han de estorbarme como insectos que zumban al sol, esos lacayos asalariados, pigmeos famélicos, para quienes el gobierno de una provincia sería carga más pesada que la del mundo sobre los hombros de Atlas? ¡Y pretenden echar suerte sobre mis vestiduras!... ¡Francia! ¡Tú eres mi amante, mi esposa, el único amor de mi vida!... ¿Quién se atreverá á separarnos? ¿Quién? Unida á mí por siempre, el mundo entero no puede separarte de mi corazón. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un espléndido salón en casa de Mauprat.

ESCENA PRIMERA

BARADAS y después MAUPRAT

BARADAS

He aquí la nueva morada de Mauprat, demasiado lujosa para un soldado. Pero mientras yo paseo por sus salones, contemplo mi sombra que se extiende sobre el pavimento, que se alza gigantesca por los muros, como las torres de la Bastilla, obscureciendo la luz del cielo en un hermoso día... Escapaste de las garras de Richelieu; ¿pero estás más seguro del verdugo? He revelado al Rey tu secreto. Tu matrimonio te hace ser su enemigo. Antes de que luzca tu luna de miel, me parece que veo tu espectro decapitado. Mientras, aunque celebraste tus desposorios, no puedes llamarte esposo todavía. *(Entra Mauprat lujosamente vestido.)*

MAUPRAT

¿A quién le sucedió nunca lo que á mí? ¡En un día feliz y desdichado!

BARADAS

¿Qué triste cara es esa en el día de vuestra boda? Alegráos, Mauprat.

MAUPRAT

¡Alegrarme!

BARADAS

¿Tan pronto os fastidia vuestra mujer? ¡Paciencia! Más tarde ó más temprano, es la suerte de todos los maridos.

MAUPRAT

¡Ojalá fuera menos digna de ser amada! ¡Ojalá la amase yo menos!

BARADAS

¿De nuevo enigmático?

MAUPRAT

Ya sabéis cuanto me ha ocurrido con el Cardenal.

BARADAS

Recibí vuestra carta esta mañana, y, podéis creerlo, á un tiempo he llorado y he reído de alegría, por vuestra alegría.

MAUPRAT

Nos desposamos anoche. Apenas terminada la ceremonia nos trasladamos aquí, y apenas habíamos llegado...

BARADAS

¿Qué?

MAUPRAT

El señor de Beringhen, portador de esta carta.

BARADAS

De puño y letra del Rey. El sello real.

MAUPRAT

Leed, leed.

BARADAS

(Leyendo.) «Por cuanto Adrián de Mauprat, coronel y caballero de nuestras tropas, es culpable de alta traición por haberse apoderado de la ciudad de Faviaux, y además, sin nuestra licencia ni consentimiento ha contraído matrimonio con Julia de Mortemar, noble huérfana al servicio de S. M., proclamamos y declaramos dicho matrimonio contrario á ley y bajo pena de muerte, Adrián de Mauprat no podrá comunicarse con la dama Julia de Mortemar de palabra ni por escrito, sino en presencia de nuestro leal servidor el señor de Beringhen, siempre con el respeto y decoro debidos á una dama de nuestra corte, sin perjuicio de proceder á la anulación del matrimonio, de acuerdo con nuestra Santa Iglesia Católica, y al castigo del señor de Mauprat, quien deberá, por propia conveniencia y seguridad, no revelar á nadie cuanto aquí se le comunica, y muy especialmente á Mlle. de Mortemar. De nuestra mano y con nuestro sello en el Louvre.—Luís.» *(Hablando.)* ¡Me sorprende en extremo! ¿No os dijo Richelieu que el Rey nada sabía de nuestra sentencia?

MAUPRAT

Así lo aseguró.

BARADAS

¡Infeliz Mauprat! ¿Conocéis ya al reptil? ¿Comprendéis la venganza, más cruel que la muerte, de que sois víctima?

MAUPRAT

¿Qué?

BARADAS

¿Nada habéis dicho al Cardenal?

MAUPRAT

¡Si aún no puedo darme cuenta de lo que me sucede! Correré á su presencia...

BARADAS

¡No hagáis tal! Detenéos. Esperad hasta que yo vuelva y podré deciros algo.

MAUPRAT

¡Hablad, os lo suplico!

BARADAS

¡Chist! Vuestra esposa, el señor de Beringhen. Prudencia. Obedeced cuanto os ordena el Rey en su carta, yo vigilaré en tanto vuestro palacio. ¡Una morada suntuosa!

MAUPRAT

¡No me dejéis!

BARADAS

(Viendo aparecer á Julia y al señor de Beringhen.) A un recién casado le son enojosas las visitas. ¡Señora, soy vuestro criado! ¡Consorcio feliz, cuadro encantador! ¡Hasta la vista! *(Sale.)*

ESCENA II

MAUPRAT, JULIA y el señor de BERINGHEN

JULIA

¡Adrián! ¿Porqué me dejaste de repente? ¿Estás enfermo?

MAUPRAT

No, estoy bien... Sí, estoy enfermo...

JULIA

¿Qué tienes?

MAUPRAT

¡Nada, estando tú á mi lado, nada!

JULIA

(Aparte.) ¡Si es que no me ama!

BERINGHEN

(Bajo á Mauprat.) ¡Tened cuidado!... Todas vuestras palabras, todas vuestras acciones, debo comunicárselas á S. M.

MAUPRAT

Si no estuviérais aquí cumpliendo sus órdenes...

BERINGHEN

¡Pero, como no hago más que cumplirlas!...

MAUPRAT

¡Por dicha vuestra! Os aconsejo, sin embargo, que no os acerquéis demasiado á las ventanas.

JULIA

(A Mauprat.) ¿Qué te ocurre? ¿Qué debo pensar, si desde ayer á hoy no eres el mismo? Ayer me jurabas amor.

MAUPRAT

¡Y siempre... siempre! ¡Pero déjame ahora, déjame, te lo ruego!

JULIA

Pero no así; no sin decirme...

MAUPRAT

Decirte... ¿Qué? ¿Que el día está hermoso, sin una nube en el cielo? ¡Un hermoso día!

JULIA

¿Te burlas de mí? ¡Oh, no me enoja; todo parece bien en quien se ama. ¿Es que te parezco ya triste y quieres burlarte de mí? Búrlate, ríe; tu risa será la música más grata á mis oídos; pero dí que me amas, qué me amas siempre...

MAUPRAT

¡Con toda mi alma! *(Besándola una mano y separándose en seguida de ella. Bajo al señor de Beringhen.)* Corred, decídselo á S. M., si es delito de Estado que un marido bese la mano á su esposa.

JULIA

¿Porqué te separas de mí al decir que me amas, y te muestras temeroso, como si hubieras cometido algún crimen? Siéntate á mi lado, sé más galán esposo... ¿Qué espera el señor de Beringhen? ¿Piensa importunarnos todo el día con su presencia? Despídele con cualquier pretexto.

MAUPRAT

Si pudiera... Ruégale tú, que busque tus guantes ó tu abanico, que dejaste olvidados...

JULIA

Señor de Beringhen... Olvidé mis guantes en el jardín, frente á la fuente, en la galería, cerca de la estatua de Cupido... Si fuérais tan galante...

BERINGHEN

¿Que enviara á buscarlos? Al momento. ¡Hola! ¡Andrés, Pedro! ¿Cómo diablos se llaman vuestros criados? ¡Hola! ¡Cualquiera! *(Entra un criado.)* Vuestra señora ha olvidado sus guantes en el jardín, cerca de la fuente ó

en la galería junto á la estatua de Cupido... No recuerda dónde. Buscadlos. (*Sale el criado.*)

MAUPRAT

¡Vióse mayor impertinencia! Julia mía, he de despachar mil asuntos que me preocupan... Cartas, amigos... Déjame, te lo ruego...

JULIA

¡Adrián!

MAUPRAT

Te lo mando.

JULIA

¡Adrián! ¡Esposo mío! (*Sale llorando.*)

ESCENA III

MAUPRAT y BERINGHEN

BERINGHEN

Os felicito.

MAUPRAT

Ya lo veis. Llora. Mis derechos de esposo, mi vida, mi honor, nada me importa; pero su llanto sí, ¿lo entendéis? ¿Hasta cuándo creéis que pueda durar esto?

BERINGHEN

Hasta cuando gustéis. Tan pronto como infrinjáis las órdenes de S. M., debo entregaros al gobernador de la Bastilla. Agradeced que, pudiendo haberlo hecho ya, como mi natural es débil y bondadoso, sé compadecer á mis amigos en la desgracia.

MAUPRAT

Ya sé que el Rey puede enviarme al cadalso. No me asusta, estoy acostumbrado á esperarlo. Pero si mañana, de un modo ó de otro, la Iglesia y el Consejo no han resuelto esta situación...

BERINGHEN

¿Qué haréis?

MAUPRAT

Arrojaros de mi casa, hablar en ella como me plazca, con quien me plazca, ¿lo entendéis?, si es que S. M. no envía para impedirlo alguien más fuerte que vos, odioso esbirro del infierno.

BERINGHEN

¡Calma, calma! Reflexionad friamente. Ya que se ha ausentado vuestra esposa, me permitiréis que tome algún refrigerio. ¡Calma, señor, calma! ¿Hacia dónde están vuestras provisiones? No os molestéis en acompañarme, yo daré con ellas, estoy en mi casa. *(Sale.)*

ESCENA IV

MAUPRAT y BARADAS

MAUPRAT

¡Conde! Me hablásteis de una traición, de una venganza más cruel que la muerte. Decidme...

BARADAS

¿Aún no lo habéis entendido? Dos únicas pasiones alientan en el alma de Richelieu.

MAUPRAT

¡Richelieu!

BARADAS

La ambición y la venganza. En vos ha satisfecho las dos. Julia, su ahijada, inocente, dócil, sumisa á su voluntad, la llevó á la corte preveyendo lo sucedido. El Rey ama á Julia.

MAUPRAT

¡Dios piadoso! ¡El Rey!...

BARADAS

Tales amorcillos prestan sus alas á Richelieu; pero el decoro de la corte exige que Cupido se cubra con el velo de Himeneo. Un matrimonio de nombre. Richelieu miró en torno, os halló su enemigo y sirvió á su ambición encumbrando á su ahijada; á su venganza deshonrando vuestro nombre.

MAUPRAT

¡Probadme que no mentís!

BARADAS

¡Pruebas, pruebas! ¿No las tenéis bien claras? La carta del Rey, el haberos exceptuado del perdón general, el haber descubierto S. M. un secreto que solo Richelieu y yo conocíamos. Y no juzgaréis traidor á vuestro antiguo amigo, por disculpar á vuestro enemigo de siempre. No lo dudéis. Solo Richelieu pudo revelar al Rey, enamorado de Julia, un secreto que vende vuestra vida para comprar vuestro honor.

MAUPRAT

Sí, lo veo. Mentira su perdón, mentira su bondad.

Por eso tal precipitación en la boda. ¡Oh, malvado, que asesina sonriente!

BARADAS

¿Y dejaréis que triunfe su maldad? Nuestro plan es seguro. Orleans es nuestro jefe. Esta noche debemos alistarnos. Uníos á nosotros y el triunfo es nuestro.

MAUPRAT

¡Esta noche! ¡Mi noche de bodas! ¡Venganza!

BARADAS

Todas las mañanas, muy temprano, acostumbra Richelieu en su capilla, con hipócrita devoción, distribuir limosnas entre los frailes mendicantes. En ese momento alguno de los nuestros, vos podéis ser de ellos, deben apoderarse de su persona.

MAUPRAT

¿Y el Rey? ¿Y Julia?

BARADAS

El Rey, enfermo de cuerpo, débil de espíritu, es el juguete de cualquiera que sea su ministro. Muerto Richelieu, yo seré su sucesor, y Luis XIII se olvidará muy pronto de su pasión y de vuestro crimen. ¿Qué decís?

MAUPRAT

No lo sé, ni aun puedo escucharos. Dejadme pensar. Sí, iré á buscaros. Pero ahora este aire que respiro está inficionado, no quiero oir nada, no quiero ver á nadie. (*Vase.*)

BARADAS

(*Solo.*) Aunque huyas de mí, ya eres mío. Persigue tu venganza, que será tu ruina y mi triunfo.

ESCENA V

BARADAS y BERINGHEN con la boca llena y una servilleta en la mano.

BERINGHEN

En verdad, caballero, que vuestro cocinero es maravilloso. ¡Cómo! ¿No está aquí mi huésped? Un cargo muy peligroso el mío, Conde; el señor de Mauprat es iracundo; insulta, amenaza.

BARADAS

No tardaréis en ser relevado. El Rey ha resuelto que la dama vuelva de nuevo á Palacio.

BERINGHEN

¡Pobre Mauprat! Pero vos, que amáis también á la dama, ¿no os importa que el Rey la pretenda?

BARADAS

La dama es virtuosa y el Rey tímido. Antes de que pueda conseguir sus pretensiones será destronado; la la dama quedará viuda, y yo seré el Richelieu del regente Orleans. El mismo Rey conspira á medias contra el Cardenal. He hablado al hombre que necesitamos, el que le dará muerte á Richelieu.

BERINGHEN

¿Y quién es ese hombre? Espero que no seré yo. No es que me acobarde, pero...

BARADAS

¡Quién puede ser sino Mauprat! Esta noche nos reuni-

remos en casa de Marion. Allí firmaremos todos; vos seréis portador de estos despachos al duque de Bouillon... Sois de los nuestros, del Consejo futuro.

BERINGHEN

Pero dar entrada en Francia á las tropas españolas, en el propio corazón de Francia, destronar al Rey... grave traición me parece. Presiento al verdugo...

BARADAS

Os dispensamos nuestra confianza; conocéis nuestros secretos; demasiado tarde para retroceder. Esta noche quedará decidido el modo de dar muerte á Richelieu. De estos despachos nada debe saber Mauprat; él solo desea venganza; acaso retrocedería ante la traición.

BERINGHEN

Iré esta noche á reunirme con vosotros si el Rey me releva de este cargo. *(Aparte.)* No haré tal, soy perro viejo para andar entre lobos. *(Alto.)* Mientras discutimos, en el comedor nos espera un delicado pastel de liebre.

BARADAS

Un hombre preocupado con altas ambiciones no debe perder el tiempo con un pastel.

BERINGHEN

Un hombre preocupado con un pastel no debe perder el tiempo con esas ambiciones.

ESCENA VI

Dichos, JULIA y CORTESANO

JULIA

¿Qué, tenéis orden de conducirme al Louvre? Hoy mismo, ahora mismo ¿decís?

CORTESANO

Señora, la carroza real os espera á la puerta. *(Á Beringhen.)* Vos debéis también acompañarnos.

JULIA

¿Qué significa esto? ¿Dónde está mi esposo?

BARADAS

Salió y no debe regresar hasta el anochecer; así me rogó que os lo dijera... ¡Ah, si en su lugar fuera yo el dueño de tal tesoro!

JULIA

Es extraño; mi corazón presiente algo horrible.

CORTESANO

Señora, las órdenes de Su Majestad no admiten dilación.

JULIA

(A Baradas.) Vos le diréis á mi esposo lo que ocurre.

BARADAS

Descuidad. Dichoso si en algo puedo serviros.

CORTESANO

(A Beringhen.) ¡Vamos, señor! *(Salen Julia, Beringhen y el Cortesano.)*

ESCENA VII

BARADAS y después MAUPRAT

BARADAS

Con esto aumentará el furor de Mauprat. Es hecho: Mauprat da muerte á Richelieu; el duque de Bouillon avanza sobre París, y entre los disturbios de Francia... lograré... ¿Quién sabe? Acaso una corona; todo á despecho del Sr. Cardenal. (*Entra Mauprat.*)

MAUPRAT

Decidme si es posible lo que he visto... La carroza del Rey... y Julia en ella... No, no es verdad... Son fantasmas de mi imaginación.

BARADAS

Es verdad, obra de Richelieu; como suya, hábil y pronta.

MAUPRAT

Iré á Palacio.

BARADAS

Perded toda esperanza. Si vais al Louvre... es el camino más corto para la Bastilla.

MAUPRAT

¡El Rey!

BARADAS

No es más que blanda cera en que Richelieu imprime el sello de su omnipotencia. Romped el sello...

MAUPRAT

Sí, ¡venganza, venganza de muerte!... ¡Morirá Richelieu! Cuando destrozan nuestro honor á traición, cuando las leyes no pueden defendernos... la venganza debe arrancar la espada de la justicia y herir, castigar...

BARADAS

Bien dicho. Hasta la noche. En casa de Marion. No faltéis, allí os diremos...

MAUPRAT

Nada me digáis, nada quiero saber de vuestros planes. Yo solo me basto para la venganza. Con voz de infierno ruge en mi corazón. ¡Ay del que ha desatado el infierno en mi alma!...

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo.

ESCENA PRIMERA

RICHELIEU, JOSÉ y FRANCISCO escribiendo.

JOSÉ

Sí, al hacer Hugo su acostumbrada ronda, disfrazado de sencillo burgués, oyó á esos rufianes murmurar vuestro nombre. Escuchó más atento y uno dijo: «Soprendemos al Cardenal en su mismo palacio mañana.—¿Cómo? —preguntó otro.—Esta noche sabréis nuestro plan. El

duque de Orleans y el conde de Baradas le han trazado. Debemos de reunirnos en casa de Marion.»

RICHELIEU

Son míos, son míos.

JOSÉ

Eso mismo dicen ellos de vos. Creedme. La conspiración es más poderosa de lo que pensáis. Para vencerla debéis emplear medios más poderosos todavía.

RICHELIEU

¡Bah! En política nunca se vencen los grandes peligros con grandes recursos, sino con pequeños. La estatua de mi fortuna, esculpida á cincel, no puede ser destruída á martillazos. Si yo fuera más joven, por el corazón de guerrero que late bajo esta vestidura sacerdotal, te aseguro que daría buena cuenta de esos traidores, como cuando en guerra franca combatí por mar y por tierra. Alcánzame aquella espada, Francisco, no ese juguete, bueno para guerreros de tapiz. Aquel otro pujante mandoble, como Carlos Martel lo blandiera cuando arrojó al sarraceno de Francia. Con este mismo, en la Rochela, contra los ingleses, rudos y fuertes como mastines, no estos muñecos de la corte, frente á frente con uno de los más fuertes, levanté así el arma y hendí su casco y su cabeza de un solo golpe. (*Deja caer el arma.*) Entonces esta arma era en mis manos un juguete, una pluma... Ahora, ya lo veis, un niño puede vencer á Richelieu.

FRANCISCO

Pero ahora disponéis de otras armas prontas á serviros.

RICHELIEU

(*Cogiéndole la pluma.*) Sí, ésta. En mis manos, más

poderosa que la espada... Un talismán que puede trastornar al mundo entero. Recoge esa espada. Los Estados pueden salvarse sin ella. Es la hora. Retírate. *(Sale Francisco.)*

ESCENA II

RICHELIEU y JOSÉ, y MARION DE LORME, que entra por una puerta secreta.

JOSÉ

¡Marion de Lorme!

RICHELIEU

¡Silencio! Vigila, mi fiel Marion...

MARION

Dueño y señor, esta noche se reunen en mi casa. El duque de Orleans es su jefe.

RICHELIEU

Lo sé.

MARION

Su alteza me preguntó con interés si yo sabía de alguien, valiente y astuto, capaz de guardar un secreto y pronto á servirle por dos únicos motivos: el amor al dinero y el odio á Richelieu.

RICHELIEU

¿Y tú?

MARION

Respondí que en un hermano mío. Nadie mejor. Que de su fidelidad respondía la mía. El Duque entonces me

indicó que esta misma noche debía estar pronto á partir para Italia.

RICHELIEU

¡Ah! ¿también Bouillon es de los traidores? ¿Á qué parte de Italia, si te lo dijo?...

MARION

Á la frontera del Piamonte, donde el duque de Bouillon está acampado.

RICHELIEU

El peligro es grande. Si se une á los españoles y el Rey no atiende mi consejo... y no lo atenderá sin una prueba, una prueba de la traición... Francia está perdida. ¿Qué más?

MARION

Maquinaciones para apoderarse de vuestra persona en vuestro mismo palacio. Nada sé de cierto, porque el Duque hablaba de esto con temor, con voz ahogada.

RICHELIEU

Lo creo. ¿Y quién es ese hermano tuyo que recomendaste al Duque?

MARION

Señor, el que vuestra eminencia designe. Sois un padre para mí, bien podéis darme un hermano.

RICHELIEU

(*Acariciándola.*) ¡Graciosa criatura! Al mirarte me alegro de ser viejo. ¿Estás segura de que no faltarán á la cita? ¿La hora?

MARION

Media noche.

RICHELIEU

¿Y entregarán los despachos del Duque á quien yo envíe?

MARION

Descuidad.

RICHELIEU

¿Y á quién? Hugo, no. Le necesito cerca; José es de confianza, pero demasiado conocido de todos. Mauprat en el día de su boda... Francisco... sí, ese es mi hombre. Desconocido, joven, ambicioso... ¡Francisco!

ESCENA III

Dichos y FRANCISCO

FRANCISCO

¿Qué mandáis?

RICHELIEU

Sigue á esta dama. Tú cuidarás de vestirle como es debido, Marion. Toma mi mejor caballo, mis mejores armas. Deben entregarte unos despachos, no importa para quién. Tan pronto como estén en tus manos guárdalos bien, como tu propia vida, como tu alma, que la muerte solo puede separar de tu cuerpo, y á carrera tendida, sin tomar aliento, de nuevo á mi presencia. Aguarda. Me hallarás á pocas leguas de aquí, en mi castillo de la Ruelle, y alégrate, porque, oye bien: si esos despachos llegan á mis manos, no tendrá dones la fortuna que no caigan sobre ti.

FRANCISCO

¿Y si fuera imposible?

RICHELIEU

¡Imposible! ¡Imposible! Para el corazón de un joven á quien el cielo reserva una vida gloriosa no existe esa palabra. Marion, tú le dirás cuanto sea preciso. (*A Francisco.*) Sigue sus pasos, pero á distancia, sin hablar palabra hasta que lleguéis á su casa. Adiós, y no vuelvas á decir imposible. No hay imposible.

FRANCISCO

Ne le habrá.

RICHELIEU

Serás mi héroe. (*Salen Francisco y Marion.*)

ESCENA IV

RICHELIEU, JOSÉ y después HUGO

RICHELIEU

Apoderarse de mí, en mi palacio, ¿cómo puede ser? ¿quién sabe? Ya tardo en salir de aquí. Un solo traidor puede vencer la fidelidad de muchos leales. José, ¿puedo fiarme de Hugo? Piénsalo bien, hicimos ahorcar á su padre...

JOSÉ

Pero tenéis bien pagado al hijo, le habéis colmado de favores.

RICHELIEU

Eso no es nada. Favores recibidos nada valen. En momentos de expansión contigo, ¿no te ha hablado de los favores que espera recibir? (*Hugo aparece en una puerta sin ser visto de Richelieu.*)

JOSÉ

El grado de coronel y una ejecutoria de nobleza.

RICHELIEU

¿Todo eso desea el bueno de Hugo?

HUGO

(*Aparte.*) Oigo mi nombre. (*Se oculta.*)

RICHELIEU

¡Coronel y noble!... Con tan pocas luces. No puede ser, pero se le prometerá. Le diremos que el Rey se opone. Los reyes sirven á veces de algo á los ministros. Y Hugo saldrá ganando. Los moralistas aseguran que la esperanza es más dulce que la posesión. Los favores esperados, querido José, avivan el celo y la lealtad, y al más desmedrado gozquecillo le convierten en un cancerbero. Bien dices. Esta conjuración se presenta temible, pero una vez destruída, la grandeza de mi poder será tanta que no habrá en adelante quien pueda oponerse á él.

JOSÉ

¡Quiéralo el cielo!

RICHELIEU

Así sea. Por mi amor á Francia, mi Francia querida, por ella solo, aunque nadie lo juzgue así, el desvelo y el terror son mis familiares. Por mí la gloria de la antigua Roma resplandece sobre tu frente, y á tus plantas se postran todas las naciones. ¡En mi ambición no hay un solo impulso que no responda á un latido de tu corazón, Francia mía! (*Entra Hugo.*)

HUGO

Vuestra eminencia me mandó venir á esta hora.

RICHELIEU

Es verdad. ¿De modo que has oído algo que traman esos cortesanos contra Richelieu? Bien está; procuraremos evitarlo. Dime, Hugo, ¿de cuántos hombres de armas dispones?

HUGO

¡Unos veinte, señor!

RICHELIEU

¿De tu confianza?

HUGO

Toda es buena gente, que tiene alguna cuenta con la justicia que vuestra eminencia solo puede perdonarles: *ergo*, podéis confiar en ellos.

RICHELIEU

Si es así, procura equipar lo mejor que puedas de armas y monturas á esa gente honrada. ¿Cuánto tiempo necesitas para reunirlos?

HUGO

Señor, los mejores no son gente que guste de pasear al sol, son aves nocturnas; pero sé donde encontrarlos esta misma noche.

RICHELIEU

¿A qué hora podéis estar en mi castillo de la Ruelle?

HUGO

Antes de media noche.

RICHELIEU

El castillo es fuerte, conoces sus salidas... Veinte hombres bien repartidos ¿podrán defenderlo contra cualquiera que intentara penetrar ocultamente?

HUGO

Veinte hombres á mis órdenes pueden defenderlo durante un mes contra un ejército.

RICHELIEU

(A José.) Dí á los criados que preparen la litera. Antes de entrada la noche estaré en la Ruelle. A las doce espero á los tuyos. En ti confío, mi buen Hugo. Sabes en cuánto estimo tu lealtad. Si Dios me concede larga vida, óyelo bien, serás coronel y acaso noble.

HUGO

Señor, la gratitud me hace enmudecer. Corro á buscar á mis leales. *(Aparte.)* En casa de Marion los hallaré bien pronto, viejo zorro. *(Sale.)*

ESCENA V

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

Ahora, como una araña, desde mi rincón, tenderé la red en que han de caer esas moscas.

JOSÉ

¿Y no fuera mejor sorprender antes á los traidores?

RICHELIEU

No. El rey Luís está enojado conmigo. Al separar á Julia de su lado habrá aumentado su enojo. Casi deseará mi muerte. Pero el despacho al duque de Bouillon, el pacto con los españoles... Estas son nuestras armas,

José. Con ellas todo se ha salvado. Sin ellas todo es peligroso. Esperemos. Yo en mi viejo castillo, tú en la corte, atento y vigilante á todo. Triunfaremos, con el favor de Dios y si Francisco es audaz y Hugo es honrado. ¡Hugo! No sé porqué me infunde sospechas. Me habló con exagerada reverencia, ¿lo notaste? No es su costumbre...

JOSÉ

Es la maldición que pesa sobre los grandes, sospechar siempre, sospechar de todos.

RICHELIEU

Sí, de todos. El mismo Rey, que me debe su corona, en contra mía. Sin familia, sin amigos; nadie, nadie... Solo me resta...

JOSÉ

¿Qué?

RICHELIEU

El corazón indomable de Armando de Richelieu.

JOSÉ

¿Nada más?

RICHELIEU

Sí, Julia, mi hija adoptiva. ¡Pobre niña, perdóname! Esta mañana, cuando llorabas de felicidad, tu dulce llanto caía sobre mi alma como una bendición, y tu esposo estoy seguro de que también sabría defenderme, llegado el caso.

JOSÉ

¿Y el pobre José?

RICHELIEU

Sí, es verdad. Tú también. Te creo. Todos te temen

y muy pocos te aman. Pero Richelieu sí; Richelieu puede darte un obispado. ¿Qué dices?

JOSÉ

(*Con afectada humildad.*) ¡Señor!...

RICHELIEU

Mi buen José, ¡obispo! ¡obispo! Vamos. (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

El castillo de la Rouelle. Un salón gótico.

ESCENA PRIMERA

RICHELIEU sentado. Leyendo.

RICHELIEU

En el silencio de la noche, la conciencia nos dice que nuestra vida tiene más noble objeto que la ambición del mando. Así escribe el austero moralista. ¿Pero hablas por experiencia? ¡Sublime filosofía; eres como la escala de Jacob, tocas al cielo llevada por los ángeles; pero nosotros, como el Patriarca, solo te percibimos en sueños, al pie del primer escalón, rendidos de cansancio sobre la tierra! ¡No puedo ser dichoso! Cuando deje de existir ¿brillará mi nombre como estrella gloriosa? ¿Cómo seré juzgado por las edades futuras? Los fines fueron grandes, los medios tal vez ruines; ¡vertí mucha sangre! Pero solo los enemigos del Estado fueron mis enemigos. ¡No puedo ser dichoso; viejo y fatigado antes de tiempo, respirando el odio de cuantos me rodean,

adivinando un puñal en cada mirada! Domino á los reyes; se atreven á mí los lacayos. ¡Y solo contra todos he de rodearme de espías y de verdugos! ¿Es esto el poder? ¡Tiene razón el filósofo! ¡Háblame! ¡Seguiré tu consejo! Bien dices fuera mejor...

ESCENA II

RICHELIEU y FRANCISCO

RICHELIEU

(Cambiando de tono al ver entrar á Francisco.) No, no, mientes, filósofo. Pronto, esos despachos. El poder... el mando... esos despachos...

FRANCISCO

¡Matadme, señor!

RICHELIEU

¿Te conocieron? ¿Sospecharon de ti? ¿Nada te entregaron?

FRANCISCO

El conde de Baradas en su propia mano me los entregó.

RICHELIEU

¡Baradas! ¡Oh, dicha!

FRANCISCO

Escuchadme, y después entregadme al verdugo.

RICHELIEU

¿Qué? ¡Habla!...

FRANCISCO

Llegué á la casa. Orleans y Baradas y dos ó tres más, que yo no conozco, estaban allí reunidos.

RICHELIEU

¿Nadie más?

FRANCISCO

De otra habitación cercana llegaban rumores de gente y voces de... ¡Muerte á Richelieu!

RICHELIEU

No hables ahora de mí. Francia está en peligro, ¿qué importa de mí?... Mi asesinato sería su menor traición.

FRANCISCO

Baradas me estrechó á preguntas. Parecía dudar. Al fin, por consejo del de Orleans, me entregó los papeles diciéndome que era cuestión de vida ó muerte para todos. Orleans prometió enriquecerme cuando las tropas del duque de Bouillon entraran en París. Al salir de la casa presuroso, Marion me detuvo un momento y murmuró á mi oído: «No pierdas un instante; que esos despachos lleguen pronto á manos de Richelieu. Han jurado que esta noche morirá el Cardenal.» Esto me dijo y, temblorosa, me despidió en la misma puerta. Y entonces, de la obscuridad avanzó un hombre cubierto con armadura completa, calada la visera. Su mano de hierro me sujetó de improviso, y antes de que pudiera darme cuenta de nada, se apoderó de los despachos, diciéndome: «Espía, no te mato porque este acero sin mancha lo reservo para tu señor.» Y desapareció en la noche como una sombra. Temiendo por vuestra seguridad, salí á escape, llegué hasta aquí, y aquí me tenéis á

vuestras plantas para que no dudéis de mi lealtad, implorando por mi honor, no por mi vida.

RICHELIEU

¡Tu vida! ¿Quién habla de tu vida? ¿Qué importa tu vida? ¡Como tu alma, dije que debías guardar un tesoro que vale muchas vidas! Vuelve, recobra tu honor. Busca á Marion, á Baradas, á Orleans... Sea como sea, recobra los despachos y no vuelvas á mi presencia si no has comprado á ese precio el derecho de verme. Aún no puedes decir imposible.

FRANCISCO

¡Gracias, señor, porque me dais una esperanza! Por ella espero triunfar á pesar de todo. *(Sale Francisco.)*

ESCENA III

RICHELIEU y después JULIA

RICHELIEU

Es joven. Otro más viejo solo hubiera pensado en salvar la vida. Amo la juventud porque es la vida futura, y en cada joven adivina mi alma un nuevo Richelieu. ¿Volverá victorioso? ¡Si aún espero y tiemblo! Cada latido de mi corazón golpea en mi pecho como el péndulo de un reloj á la cabecera de un moribundo. ¡Si Hugo me engañase!... *(Escuchando.)* ¡Ese ruido!... ¡Son jinetes! Sí. ¡Las puertas del castillo se abren! ¿Quién es? ¿Quién llega? *(Entra Julia.)*

JULIA

¡Cardenal! ¡Padre mío!

RICHELIEU

¡Julia! ¿A estas horas? ¡Llorando!... ¿Qué es esto?

JULIA

¡Por fin contigo! ¡Estoy salva!

RICHELIEU

¡Salva! ¿De qué? En las tormentas de la vida... ¿qué viento puede tronchar la violeta?

JULIA

¿No sabéis? ¡Ese hombre! ¿Porqué le amé? Escuchad. Apenas en nuestra casa, ya no era el esposo enamorado; evitaba mi presencia; no contestaba á mis palabras. Por fin huyó de mi lado, y yo, anegada en llanto, aún esperaba, ¡soñaba todavía! En esto llegó una orden del Rey para que al punto volviera á Palacio.

RICHELIEU

¡Y obedeciste el mandato! El Rey mostró su enojo por tu apresurado casamiento.

JULIA

¡Fuera eso solo! Declaró que anularía mi matrimonio; ordenó que me encerrara en mi habitación de Palacio, y cuando llegó la noche, todo en silencio, sola... ¿Sabéis leer en el corazón? Leed en el mío... ¡No puedo decir más!

RICHELIEU

¡Él, Rey! ¡Mujer, tú! Es fácil, ¡sucumbiste!...

JULIA

¡Sucumbir! ¿Qué habéis creído de mí? Dije mal... ¡No sabéis leer en el corazón! El fué quien salió de mi

presencia, humillado y confuso. ¡El poderoso rey Luís despedido como un cobarde villano! ¡Sucumbir! ¡Ah! Es más fuerte la majestad de una mujer honrada que la majestad de cien reyes. ¡Sucumbir!... ¡Dios mío! ¿Pudísteis creerlo? ¿Pudísteis pensarlo de mí, de vuestra hija?

RICHELIEU

¡A mis brazos, sobre mi corazón; más fuerte! Francia no necesitaría de un Richelieu si sus hombres, los bárbaros hombres, señores de la tierra, supieran resistir contra la adulación, la falsía, el interés, el orgullo, como tú, pobre niña, en tu inocencia de paloma, supiste vencer sus dos mayores tentaciones: la vanidad y el poder. Dices que el Rey salió de tu presencia; y ¿después?...

JULIA.

Después... ¡Aún más crueles conmigo! El conde de Baradas llegó á mí, y entre dulces palabras y adulaciones aparentó compadecerse de mí... ¡Y su compasión era un nuevo insulto á mi desventura! Ofendido por mi desdén, habló al fin, claramente, y al oirle, la entereza de mi corazón no pudo sostenerme más tiempo... Lloré, lloré el llanto más amargo de mi vida. Porque, ¿sabéis qué dijo? No me miréis, oidme solo, ó no me atreveré á repetirlo. Que él, Adrián, mi esposo, sabía las pretensiones del Rey y las estimaba como un honor. ¡Y la horrible verdad me dió entonces razón de todo! ¡Su desvío, sus palabras y sus miradas misteriosas, todo lo que yo no podía explicarme!... ¡Era verdad! ¡El hombre que yo adoraba como á un Dios, era un impostor miserable!

RICHELIEU

No puedo creerlo, te engañaron. Le culpas sin razón.

JULIA

¿Sin razón, padre mío? ¿Decís que le culpo sin razón? Probadme que es verdad, y toda mi vida será poca para bendeciros y para que él me perdone por haber dudado.

RICHELIEU

Quiero saberlo todo.

JULIA

En mi desesperación solo pense en huir, correr en busca de Adrián, descubrir la verdad por triste que fuera. Temblando de espanto salí de mi habitación, corrí á la de la Reina, me arrojé á sus plantas, y una palabra suya bastó para que las puertas de Palacio se abrieran para dejarme en libertad. Volví á nuestra casa. Adrián no estaba allí. Todo era desolación. Presintiendo mayores males, solo pensé en correr á vuestro lado, y aún tiemblo... Al llegar, siguiendo mis pasos, oigo rumor de jinetes y de armas.

RICHELIEU

Es mi guardia, no temas. Hugo cumplió su palabra.

JULIA

¡En una sola hora toda una vida de tristeza!

RICHELIEU

No hay que temer. Ven ahora, necesitas descanso. Sin razón dudaste de tu esposo. ¡No puede ser! Confía en mí. *(Salen.)*

ESCENA IV

HUGO y MAUPRAT

HUGO

No está aquí.

MAUPRAT

Yo sabré encontrarle. Dejadme. Guardad las galerías en que duermen los criados. Poned centinelas en todas las salidas. Que la casualidad no interponga su sombra entre la venganza y la víctima. Id. Antes de que esa nube que obscurece la luna, como mi propósito obscurece mi conciencia, haya pasado, todo habrá concluído.

HUGO

¿No necesitáis otro brazo?

MAUPRAT

¿Contra un viejo enfermo? No. ¡La venganza de otra ofensa menor que la mía convertiría este castigo en asesinato! Salid.

HUGO

Hasta muy pronto.

ESCENA V

MAUPRAT y RICHELIEU

RICHELIEU

El aire es de tempestad. Oprime mi frente. La obscuridad aumenta el temor á la traición.

MAUPRAT

¡A la muerte!

RICHELIEU

¿Quién va? ¿Quién eres, miserable?

MAUPRAT

¡Tu juez y tu verdugo!

RICHELIEU

¡Aquí mi guardia! ¡Hugo! ¡Vermont! ¡Pronto!

MAUPRAT

Nadie vendrá. Los espíritus infernales no acuden ya á tu conjuro. Tus esbirros están de mi parte. Un solo paso, y será hacia tu tumba.

RICHELIEU

¡Mientes, traidor! Estoy viejo, enfermo, no puedo defenderme; pero mientes. Armando Richelieu no morirá á manos de ningún hombre. Le afirman las estrellas, y la voz de mi espíritu confirma el horóscopo. Que vengan todos tus sicarios. No habrá quien se atreva á darme muerte. Ninguno será el parricida de su patria. ¿Quién en Francia se atreverá á dar muerte á Richelieu?

MAUPRAT

Mienten las estrellas, Cardenal. Pudo tu astucia humillar á los reyes y burlarse del mundo entero; pero nada te vale ahora contra la espada de un solo hombre, infamado por ti con estigma de deshonor y de vergüenza.

RICHELIEU

¿Infamado por mí? ¿Es que me odias? ¿No eres un asesino comprado? Guarda, no te engañes. ¡Apariencias,

sospechas, todo miente! ¿Qué sabes tú? Soy demasiado grande para que nadie sepa de mí la verdad.

MAUPRAT

Tus acciones te acusan. Tuviste entre tus manos la vida de un soldado acusado de rebelión. Sobre su cabeza suspendísteis de un hilo á vuestro antojo el hacha del verdugo. Vuestra muerte le hubiera libertado de la angustia cruel de esperar la suya á cada hora, y ni pensó en mataros, ni deseó que muriérais. Un día le llamásteis para perdonarle, para colmarle de riquezas, y más aún, para que un ángel hiciera de su vida en la tierra un Paraíso. Era la venganza generosa del César, ¿no es cierto? No, Cardenal. Judas y no César fué vuestro ejemplo. Le salvásteis de la muerte para entregarle á la deshonra; para que su nombre fuera baldón de su linaje, un eterno oprobio; para servir de burla y de desprecio á su adorada y al regio cómplice de adulterio. ¿Sabes ya de quién hablo? No esperes compasión de mí; soy de Mauprat.

RICHELIEU

¡De rodillas, de rodillas, y arrástrate á mis pies para lograr tu perdón! porque, óyeme: tu remordimiento mientras vivas será tan grande, tan grande, que si yo te odiara, si yo quisiera vengarme de ti como dices, no dudaría en decirte: hiere, mátame, ¡qué mayor venganza! Para salvar á Julia del Rey la confié á tu amor, á tu nobleza. Y mientras tú te aprestabas á servir de instrumento á los traidores, mientras dejabas desamparada tu casa y tu esposa, aquí, en mi casa, en mis brazos, halló Julia el amparo de su honor y del tuyo. ¡Julia de Mauprat, ven aquí, sé mi testigo!

ESCENA VI

Dichos y JULIA

MAUPRAT

¿Estoy soñando? ¿Eres tú? ¡Julia, mi amor!

JULIA

No te acerques. Para siempre lejos de mí. Si no hubiera sido por este noble anciano, amenazado de muerte por ti, ¡por ti! sería yo y no tú quien tuviera ahora que avergonzarse en tu presencia.

RICHELIEU

¿Oyes?

MAUPRAT

¿Con qué nueva astucia la engañaste?

JULIA

No. Él fué quien te disculpaba en contra mía, á pesar de que todo te condena. Tu amigo, tu confidente Baradas, me reveló la bajeza de tu alma.

MAUPRAT

¿Qué dijo?

JULIA

Conociendo las pretensiones del Rey aspirabas á ese honor.

MAUPRAT

¡Baradas! ¿Y pudiste creerlo? Mintió. Pero si tu amor es verdad no pudiste creerlo.

JULIA

Mi amor. Fué un sueño. Adiós para siempre.

RICHELIEU

No, hija mía, es la verdad. Solo ese Conde traidor, ese espíritu del infierno, pudo decirte que Adrián no te ama, y él solo pudo decir á Adrián que yo pretendía vuestra desventura.

JULIA

¡Es verdad! ¡Es verdad!

MAUPRAT

¿Pudiste creerlo?

RICHELIEU

Tú, más ciego que todos, ¿no comprendiste que Baradas ama á tu esposa? ¿Que es él quien pretendía lograr el favor del Rey por este medio, que solo procuraba tu perdición al inducirte al crimen?

MAUPRAT

¡Señor, nunca podréis perdonarme!

RICHELIEU

Perdonarte y salvarte.

MAUPRAT

¡Salvarme! Esa palabra... Antes habéis de salvaros vos. Vuestros enemigos invaden el castillo. Esperan impacientes por saber vuestra muerte.

JUILA

¡Su muerte!

RICHELIEU

¡Silencio! Un solo grito puede ser la señal. Huyamos.

MAUPRAT

¡Es imposible! No hay salida que no esté bien guardada. ¡Es imposible huir!

RICHELIEU

Entonces esperemos. ¿Cuántos de mi gente se han conjurado contra mí?

MAUPRAT

Todos los vuestros.

RICHELIEU

¿Y Hugo?

MAUPRAT

¡Es nuestro capitán!

RICHELIEU

Es justo. ¿Qué puede esperarse de un espía? La piel del león no basta á defenderme esta noche. Es preciso añadir la del zorro.

JULIA

Un tropel de gente se acerca, suben la escalera.

RICHELIEU

Seguidme pronto. Ahora podré fiarme de vos. Ven, Julia; venid, Mauprat. (*Voces dentro: ¡Muera el Cardenal!*) ¡Muera! ¡Ja, ja! Esperad todavía. ¡Traidores, aquí pronto!

ESCENA VII

HUGO, CONJURADOS y después MAUPRAT

HUGO

El brazo de Mauprat no tembló nunca en la guerra; ahora tampoco habrá temblado.

CONJURADO 1.º

El zorro es capaz de haberse escapado. Busquemos por todas partes.

MAUPRAT

¡Viva el Rey! ¡Richelieu ha muerto! *(Descorre una cortina y aparece Richelieu tendido en el lecho.)*

HUGO

Sus ojos están abiertos.

MAUPRAT

Como en vida.

HUGO

No quiero mirarlos.

MAUPRAT

Esperé á que durmiera; le ahogué sin que despertara. Ni rastro de sangre. Su salud estaba muy quebrantada. Fácilmente puede creerse que su muerte fué natural. Ahora volved á París. No lo olvidéis. El de Orleans prometió diez mil ducados y el de Baradas ejecutoria de nobleza al primero que llevase la nueva de la muerte de Richelieu. Corred, que toda Francia participe de vuestra alegría.

HUGO

¿Y vos?

MAUPRAT

Yo debo permanecer aquí para alejar toda sospecha, para impedir que nadie se acerque demasiado. Os cedo mi parte en riquezas y en honores.

HUGO

¡Seré noble!

CONJURADO 1.º

¡Diez mil ducados!

CONJURADOS

¡A París! ¡Pronto á París!

CUADRO SEXTO

Un salón en casa del conde de Baradas.

ESCENA ÚNICA

GASTON, BERINGHEN, y después BARADAS, PAJE y HUGO

BERINGHEN

Entiendo. Mauprat quedó de centinela y nada sabe de los despachos; pero capitanea la tropa que el pobre Cardenal pagaba para su defensa. ¡Dios nos libre de tales defensores!

GASTON

Sí... Pero, ¿y si Hugo, que se ofreció á servirnos, haciéndonos cambiar nuestros planes, nos hubiera engañado y sirviera á Richelieu todavía? *(Entra Baradas.)*

BERINGHEN

¡Bueno fuera! Yo por mi parte estoy tranquilo, no he firmado; pero vosotros...

BARADAS

Julia ha huído de Palacio; el Rey enfurecido jura

vengarse de ella, de Mauprat, y de Richelieu sobre todo... En cuanto á éste hemos cumplido como leales anticipándonos á los deseos de Su Majestad, y en cuanto á Mauprat... (*Mostrando un papel.*)

BERINGHEN

Bien dicen que el diablo inventó la escritura. ¿Es algo que compromete á Mauprat?

BARADAS

El asunto de Faviaux, que el Rey sabrá castigar antes de que Mauprat pueda decirle nada de nosotros.

GASTON

Si nuestro enviado llega con tiempo, y el de Bouillon nos envía sus tropas, nuestro triunfo es seguro... pero desconfío... Nuestra firma en esos despachos... Si se descubre... la muerte.

BARADAS

Si se triunfa, el trono.

BERINGHEN

(*Bajo á Baradas.*) Nuestro futuro Regente no es muy heroico que digamos.

BARADAS

Otros sabrán aprovecharse de su cobardía. Si Orleans fuera Regente, ¿qué sería yo entonces? ¡Oh, se me olvidaba!... Hugo me advirtió que desconfiáramos de Marion; la han visto algunas veces entrar en el palacio del Cardenal.

GASTON

Habladurías... ¿Habrá de hacerme traición?

BARADAS

Perdonad... pero... (*Entra un paje.*)

PAJE

Señor, un soldado que llega sin aliento y se dice portador de nuevas que os importan, solicita hablaros.

BARADAS

Hacedle entrar. ¿Los arqueros?...

PAJE

Están prevenidos en la antecámara, como ordenásteis.

BARADAS

Está bien, que entre el soldado. (*Entra Hugo.*)

HUGO

Todo ha terminado. Ahora, Conde, cumplid vuestra palabra.

BARADAS

¡Richelieu muerto! ¿Estás seguro? ¿Cómo murió?

HUGO

Estrangulado mientras dormía, sin sangre, sin violencia.

BARADAS

¡Ah, villano! ¡Traidor! ¡Hola... mi gente! ¿Y osáis pedir la recompensa? (*Entra un capitán y varios arqueros.*)

HUGO

¿Qué intentáis? Ved...

BARADAS

Prended á ese hombre. Sujetadle bien. A la Bastilla.

HUGO

Tengo vuestra palabra, vuestra promesa.

BARADAS

¡Mientes, traidor! Llevadle pronto.

HUGO

Ved, Conde, que guardo conmigo algo que...

BARADAS

Ni una palabra. *(Salen Hugo y los arqueros.)* Así todo se asegura... Hugo morirá en su prisión... Mauprat después. Esta gente baja, buena solo por servirnos, no debe contar por calles y plazas lo que ha visto y oído.

BERINGHEN

Amigos, es muy tarde y no he cenado todavía. Recordaréis que soy del nuevo Consejo. Desde ahora empezaré á pensar en los asuntos de Estado. Hasta la vista. *(Sale Beringhen.)*

GASTON

Muerto Richelieu, nada hay que hacer.

BARADAS

Y aunque fuera posible que volviera á la vida, no recobraría el poder, que es su verdadera vida, la vida de su vida; ni salvaría á Mauprat del cadalso, ni á Julia de mis brazos, ni á París de los españoles, todo á despecho del señor Cardenal. *(Entra el paje.)*

PAJE

Un joven de noble presencia solicita veros.

BARADAS

Alguno de los nuestros, tal vez Mauprat.

GASTON

Pase al punto. *(Entra Francisco.)*

FRANCISCO

¡Señores!

BARADAS

¡Ah, traidor! ¿En París todavía?...

FRANCISCO

No me culpéis. Los despachos...

BARADAS

¿Qué?

FRANCISCO

Un espía, sin duda, apostado para ello en la misma puerta de la casa de Marion, se arrojó sobre mí, y sin darme tiempo para defenderme los arrancó de mis manos.

BARADAS

¡Un espía! alguno de los nuestros, sin duda.

FRANCISCO

Llevaba armadura completa, la visera calada.

BARADAS

Tal vez Mauprat. Pero, ¿cómo?... nada sabía de nuestros planes... y si no él, ¿quién puede haber sido? Si los despachos han caído en sus manos... Su odio al Cardenal murió con el Cardenal, y no es capaz de atreverse á mayores empresas. Buscad á Mauprat, recobrad esos papeles, ó ¡por mi vida! creeré que sois vos el traidor.

FRANCISCO

Descuidad. Por mi honor juro que los recobraré. (*Sale Francisco.*)

GASTON

¡Estamos perdidos!

BARADAS

Todavía no; Mauprat caerá en nuestras manos.

GASTON

Si esos papeles llegan al Rey... la sombra del Cardenal se alzará vengadora sobre nosotros.

BARADAS

No penséis en eso... Mañana Francia es nuestra. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO SÉPTIMO

Jardines del Louvre.

ESCENA PRIMERA

GASTON, BARADAS, BERINGHEN y cortesanos.
Después EL REY y más cortesanos.

GASTON

¿Cómo lleva mi hermano la muerte del Cardenal?

BARADAS

Se aflige cuando piensa en los asuntos del Gobierno; se alegra cuando piensa en la hermosa Julia. A ratos suspira y dice: «¿Quién gobernará Francia?» Pero bien pronto exclama: «¿Quién se opondrá ahora á mi voluntad?» *(Entra el Rey seguido de cortesanos.)*

GASTON.

¡Los brazos, señor! ¡Por fin puedo abrazar á mi hermano!

EL REY

¡Querido Gastón, nunca dudé de tu cariño! Richelieu lo negaba y nos mantuvo largo tiempo separados. ¡Un

grande hombre, á pesar de todo! ¿Quién gobernará Francia?

GASTON

Vos mismo. Aquella estrella, demasiado poderosa, eclipsaba vuestro sol. Sirvió á la patria, pero ¿sirvió á su Rey ó se sirvió él?

EL REY

Sabía que yo amaba á Julia, y trató de impedirlo. Nunca me quiso bien. Siempre se opuso á mi voluntad.

BARADAS

¡Siempre! Pero ahora nada se interpondrá entre Julia y vuestro deseo. Unos días en la Bastilla decidirán á Mauprat á romper su matrimonio. Su sentencia de muerte está en pie.

EL REY

De nuevo volverá Julia á Palacio. He de hablaros, Conde. *(Sale el Rey con Baradas. Orleans, con los cortesanos, forman grupos en el fondo.)*

ESCENA II

FRANCISCO y después MAUPRAT

FRANCISCO

Inútiles todas las pesquisas para hallar á Mauprat. Un centinela me dijo que le había visto entrar aquí. Si Baradas le encuentra sabrá recuperar los despachos, y entonces... ¡Fortuna, muéstrate propicia; y si has de abandonarme antes que caer en desgracia con el Cardenal, déjame hallar la muerte!

MAUPRAT

(*Apareciendo entre un grupo de cortesanos.*) ¡Dejadme, dejadme os digo! ¡Quiero verme frente á frente con él; he de arrancarle el corazón, aun cuando el mismo Rey le amparase bajo su manto real!

FRANCISCO

¡Mauprat, detenéos!

MAUPRAT

¿Qué quieres de mí?

FRANCISCO

Miradme. Yo sirvo al Cardenal. Bien me conocéis. ¿No érais vos quien guardaba esta noche la casa de Marion?

MAUPRAT

Sí, yo era. ¿Qué importa? ¡Dejadme ahora!

FRANCISCO

¿Vos? ¡Pronto! ¡Los papeles que me robásteis! ¿Dónde están? ¡Pronto!

MAUPRAT

¿Eras tú el que yo tomé por un espía del Cardenal?

FRANCISCO

El mismo. Volvedme esos despachos.

MAUPRAT

No los tengo. Pensé que delataban nuestros planes á Richelieu y se los entregué á...

FRANCISCO

¿A quién?

ESCENA III

Dichos, BARADAS. Después El REY y RICHELIEU.

MAUPRAT

Retiráos ahora. (*Encarándose con Baradas.*) ¡Ah, traidor! ¡Ya te tengo! ¡Defiéndete!

BARADAS

¿Estáis loco? El Rey está cerca. Esos despachos, decid, ¿á quién los entregásteis?

MAUPRAT

¡Miserable, infamador! ¡La espada!...

FRANCISCO

(*A Mauprat.*) ¡Huid, huid! ¡El Rey!... (*Entra el Rey.*)

EL REY

¡Las espadas! ¡En mi propio palacio! ¿Han muerto nuestras leyes con Richelieu?

BARADAS

Perdonad, señor. Fué en defensa propia. (*Bajo al Rey.*) Este es de Mauprat...

EL REY

¿Y se atreve á afrontarnos?

MAUPRAT

¡Señor! ¡En nombre del Cardenal!

EL REY

Prendedle, desarmadle. ¡A la Bastilla! *(Entra Richelieu seguido de pajes, guardias y José.)*

CORTESANOS

(Murmullos.) ¡Richelieu, Richelieu!

BARADAS

¡Los muertos resucitan!

EL REY

¿Qué burla es esta? Pasa los límites del insulto.

MAUPRAT

(A Richelieu.) ¡Ministro del Rey y ministro de Dios, que de ambos lo eres, ampara la verdad y la justicia!

RICHELIEU

¿Qué es esto?

BERINGHEN

Los zorros tienen siete vidas como los gatos.

BARADAS

(Bajo al Rey.) Sed enérgico, señor.

EL REY

Recogí el poder. ¡Sabré mantenerle!

JOSÉ

(Aparte.) El mar está alborotado. Alguno ha de naufragar.

RICHELIEU

(Después de oir á Mauprat.) Alta traición. ¿Faviaux? ¿Aún hay quien se acuerda de traiciones? ¡Señor! Traidores son los que pretenden engañaros y abusan de

vuestra regia bondad. En cuanto á este soldado, no tiene Francia uno mejor. Si en su mocedad pecó por imprudente, con noble lealtad enmendó después su culpa, y yo le he perdonado.

EL REY

Y yo doy vuestro perdón al viento. Cumplid mis órdenes.

RICHELIEU

¡No haréis tal, señor! No sabéis, no podéis saber todavía... Este honrado y valeroso corazón se interpuso entre el mío y el puñal de los asesinos. ¡Por mi vida, señor! ¡Por la vida de vuestro viejo servidor! Enmendad vuestra sinrazón. ¡No ejecutéis esa sentencia!

EL REY

¿Porque así os conviene? ¡Basta ya! *(A la guardia.)* ¡Cumplid vuestro deber!

RICHELIEU

¡Ni una palabra más! *(A Mauprat.)* ¡Id! No quiero ver vuestra juventud tan humillada como mi ancianidad.

MAUPRAT

¡Adiós, señor! ¡Salvad á Julia, defendedla!

FRANCISCO

(Bajo á Mauprat.) ¡Esos despachos! ¡Vuestra vida, vuestro honor, todo, en una palabra!, ¿á quién los entregásteis?

MAUPRAT

A Hugo.

FRANCISCO

Id tranquilo. Silencio y esperad. *(Sale Mauprat tranquilo y entre guardias.)*

BARADAS

(*Bajo á Francisco.*) ¿Están en su poder los despachos?

FRANCISCO

No quiere revelarlo. (*Aparte.*) Nada hay imposible. (*Sale.*)

RICHELIEU

(*A los cortesanos.*) ¡Plaza, señores, plaza! El ministro de Francia no necesita intercesores con el Rey.

EL REY

¿Qué significa la falsa nueva de vuestra muerte, Cardenal?

RICHELIEU

Señor, ¿por ventura os pesa que no sea verdad?

EL REY

No; pero ese engaño...

RICHELIEU

No es mío el engaño, señor. Mi castillo rebosaba de asesinos.

BARADAS

Ya están castigados. Hugo, encerrado en la Bastilla. Estábamos prontos á vengaros; creednos.

RICHELIEU

¿Vengaros? ¿Creednos? ¿Vos?... ¿En qué gramática hallásteis ese plural, Conde? Habéis cogido al asesino pagado. ¿Queréis saber quién le pagó? ¿Queréis que yo os le nombre?

EL REY

¿Volvéis á vuestro tema? Siempre soñáis con asesinos para suprimir rivales.

RICHELIEU

¡Rivales, señor! Rivales, ¿en qué? ¿En servir á Francia? No puedo tener ninguno. ¿Existe un hombre que haga temblar al mundo entero ante vuestro nombre? Ese será el único rival de Armando Richelieu.

EL REY

¡Qué altivez! Tened presente que quien hizo puede deshacer.

RICHELIEU

¡Nunca! Vuestro enojo puede quitarme vuestra confianza, anular mis atribuciones, despojarme de mis tierras y de mis riquezas; pero mi nombre, mis acciones, vivirán siempre donde no llega vuestro poder.

EL REY

Escuchad, Cardenal. No es tiempo ni lugar para una larga audiencia. Volved á vuestro palacio.

RICHELIEU

¡Señor! Pensé que para hacer justicia, todo lugar es templo y cualquier hora conveniente. ¿Os negáis á escucharme? ¿Para mí no hay justicia? Durante quince años que regí vuestro imperio, el más humilde vasallo pudo pedir justicia, no servilmente, arrastrándose como reptiles, como muchos que aquí os rodean, grandes y príncipes que mendigan vuestros favores, si no con dignidad, con entereza, como hombres que invocan su derecho. ¡Y ahora yo no puedo obtenerlo y no queréis escucharme en presencia de los que pretendieron asesinarme!

EL REY

Cardenal, uno á uno habéis separado de mí á cuantos me amaban. Todos fueron condenados por vuestra

venganza al destierro ó á la muerte. Me veis ahora entre amigos leales, alguno de mi propia sangre, y queréis separarme de ellos. ¡Basta de conjuras, de traiciones en mi reino! Volved á vuestra casa, Cardenal, y dejáos de soñar con fantasmas.

RICHELIEU

¡Calma, calma, Dios mío! ¡A los pies de vuestro trono pide justicia este viejo á quien debéis el trono y no queréis escucharle!

EL REY

¡Cuando os vea á los pies del trono verdaderamente, os escucharé! *(Sale el Rey seguido de cortesanos.)*

GASTON

(Bajo á Baradas.) Estamos salvados.

BARADAS

Gracias á Julia y á Mauprat.

RICHELIEU

Conde de Baradas, perdonad. Sois mi sucesor. Dadme la mano.

BARADAS

¿Qué significa?...

RICHELIEU

Vuestra mano tiembla. La mano que ha de regir los destinos de una nación no debe temblar. ¡No tembléis! ¡Pobre Baradas! ¡Pobre Francia!

BARADAS

¡Insolente! *(Salen Orleans y Baradas.)*

ESCENA IV

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

¿Oiste al Rey?

JOSÉ

¡Estáis en peligro! ¿Porqué hablásteis con tanta altivez?

RICHELIEU

¿Para que sus lacayos se burlaran de mí? ¿Para que murmuraran entre ellos? ¡Ah, el Cardenal está hoy muy abatido! No; en esta guerra de traiciones, el desprecio es la mejor armadura.

JOSÉ

Pero...

RICHELIEU

No es tiempo de vacilaciones; acusaré á los traidores, buscaré á Marion.

JOSÉ

Estuve en su casa. Por orden del Conde ha sido encerrada en una prisión.

RICHELIEU

¡Patria mía! ¿Consentirás mi ruina cuando más necesitas de mí? Déjame limpiar tu tierra de traidores, y después moriré tranquilo sobre tu corazón.

ESCENA V

Dichos y JULIA

JULIA

¡Gracias al cielo! No puede ser lo que me han dicho. No estaríais aquí.

RICHELIEU

¿A qué vienes? Vuelve á tu casa.

JULIA

¿A mi casa? ¿Está en ella mi esposo? Calláis, pero las palabras tiemblan en vuestros labios, mudos por compasión. Es verdad, es verdad... Prisionero en la Bastilla y en vuestra presencia, y no lo impedísteis. ¿Dónde está mi esposo? Le debéis la vida. ¡Eterno oprobio sobre vuestro nombre, si no le salváis de la muerte!

RICHELIEU

(A José.) Tú que ni en tu juventud fuiste joven, tú que no amaste nunca, contesta.

JOSE

Sed fuerte. Es verdad. El Rey...

JULIA

No evitéis mis miradas. Una palabra sola. ¿Dónde está mi esposo?

RICHELIEU

Eres la hija adoptiva de Richelieu, la esposa de un soldado. Si quieres saber la verdad, debes afrontarla

sin miedo. ¿Preguntas por tu esposo? En las torres de la Bastilla.

JULIA

Ya lo veis. He podido oirlo. Ya lo sé. El cielo quiera perdonaros.

RICHELIEU

¿Dónde vas?

JULIA

Dejadme; allí también. ¿No decís que soy vuestra hija? Puede creer que aprendí de vos á no tener corazón, á olvidarme del desgraciado. ¡Dejadme ir, dejadme ir con él!

RICHELIEU

¡Cuántas veces llené esas mismas prisiones de traidores! ¡Tenían esposas, hijas! ¡Cuántas lágrimas de inocentes!

JULIA

Salvadle, padre mío, decidle que le salvaréis. ¿No eres el Cardenal, más poderoso que el Rey mismo? Señor de vidas, de haciendas, ¿no eres Richelieu?

RICHELIEU

Ayer lo era... Hoy... un pobre viejo inútil... mañana... ¡quién sabe!

JULIA

¿Qué queréis decir? No os entiendo.

JOSÉ

Ha caído en desgracia con el Rey, señora. En este momento cualquier lacayo de Palacio es más poderoso que el primer ministro de Francia.

ESCENA VI

Dichos, CORTESANO y después BARADAS

CORTESANO

Julia de Mauprat, perdone vuestra eminencia; el Rey ordena que comparezca ante él.

JULIA

(*Abrazándose á Richelieu.*) Acordáos de mi padre, acordáos de cuando niña; sobre vuestras rodillas cuántas veces, con mis alegres risas, disipé vuestras tristezas; acordáos, y no consintáis que me separen de vuestros brazos.

RICHELIEU

(*Al Cortesano.*) A quien os envió, decidle que aquí, junto á mi corazón, como sobre un altar, protegida por el sagrado poder de Roma, está la virtud que quieren mancillar; decidlo...

CORTESANO

Señor, soy vuestro amigo y vuestro servidor, creedme; nunca vi al Rey tan irritado contra vos; comunicarle vuestra respuesta, fuera ser vuestro enemigo.

RICHELIEU

Sedlo en buen hora, y el Rey, y el mundo entero. Soy sacerdote, y no consentiré que sea violado este asilo de una virtud indefensa.

CORTESANO

Ved que es perderos.

RICHELIEU

¡Basta! (*Sale el Cortesano.*) (*A Julia.*) ¡Dios te proteja! ¡El huracán que derriba el roble, troncha también la flor! Su padre era mi hermano, la confió á mi amistad, el cuidado de su niñez fué mi consuelo, mi alegría... por ella supe lo que es el amor á los hijos. ¡Hija mía! ¿Lo ves? Es llanto... sí, lloro, lloro...

JOSÉ

Llanto, no; fuego ha de haber en vuestros ojos para confundir á vuestros enemigos. Sed fuerte... Esos despachos... El sol de mañana ha de alumbrar su traición ó nuestra ruina.

RICHELIEU

Es mi muerte. No sobreviviré; amigos... renombre, Francia. Todo lo he perdido. Mi estrella como fuego de artificio cae á tierra en cenizas... todos se mofarán de mí... Sí, mañana el triunfo ó la muerte. Vuelve en ti, hija mía... Vamos, José. (*Entra Baradas y Beringhen.*)

BARADAS

Señor, el Rey no puede creer que de ese modo olvidéis el respeto debido á su grandeza... Os ruego, señor, que obedezcáis á Su Majestad; no tenéis porqué temer.

JULIA

¡Padre!

RICHELIEU

¡No irá!

BARADAS

No tenéis autoridad sobre ella, no es de vuestra familia; solo el Rey...

RICHELIEU

¿Os obstináis todavía? ¿Haréis que despierte el poder

que en la edad de hierro supo humillar á los grandes y proteger á los humildes? Ved, á su alrededor, nuestra Santa Iglesia levanta un muro infranqueable... Un paso, y sobre vuestra frente, aunque ostentara la corona real... caerá por siempre la maldición de Roma.

BERINGHEN

Cumplo las órdenes del Rey. La Iglesia, vuestro rango, una sola palabra vuestra, basta á detenerme; culpa será, si la resistencia os cuesta el poder.

RICHELIEU

Es cuanto arriesgo... Y tú, jugador de ventajas, ¿qué puedes perder? ¡Ah! ¿Quién sabe? Mañana Francia será tuya... ó yo tendré tu cabeza.

BARADAS

(A Beringhen.) Tendrá en su poder los despachos.

BERINGHEN

Si fuera así, perdísteis la partida.

JOSÉ

(A Richelieu.) Pensad que no tenéis esa prueba... Paciencia todavía... Paciencia...

RICHELIEU

Calla, fraile, deja para los santos la paciencia; yo soy un hombre. *(A Julia.)* ¿No dió tu padre su vida por mi Francia? Y dicen ahora que no tienes padre. ¡Santa y hermosa criatura, no mancharán tu virtud; aquí, entre mis brazos, sobre mi corazón, como si fueras Francia misma!...

JULIA

¡Padre mío!

RICHELIEU

Vamos, vamos de aquí... no puedo más... desfallezco.

BARADAS

Necesitáis reposo; los asuntos de Estado destruyen vuestra salud...

RICHELIEU

Ya veis si tengo calma.

BARADAS

(Bajo á Beringhen.) Su caída es segura...

RICHELIEU

¡Insolente lacayo! ¿Qué murmuras? Si es así, guárdate de las ruinas no te aplasten en su caída... ¡Pero mi nombre es Richelieu! ¿Quién se atreve á desafiarle todavía? El verdugo sigue tus pasos... espera... espera... ¿Tiemblas? ¿Palideces? ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Dios salve á mi Francia! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

La Bastilla. Una galería; á un lado la puerta de una prisión.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ y un CARCELERO, después el GOBERNADOR

CARCELERO

Aguardad, padre; avisaré al Gobernador. (*Sale el Carcelero.*)

JOSÉ

(*Solo.*) Están en poder de Hugo, según dijo Francisco; si logro llegar hasta él, hemos triunfado. El Cardenal tiembla entre la vida y la muerte. Su vida es el poder; perdido el uno... perdido todo; no hay medicina que pueda salvarle si no consigo poner en sus manos esos papeles... ¡Entonces! ¡Ah! ¡Entonces salvaremos á Francia y á Richelieu, y José será obispo! (*Entra el Gobernador.*)

GOBERNADOR

Padre, ¿deseáis ver á los prisioneros Hugo y el caballero de Mauprat?... ¿No es eso?

JOSÉ

El hábito que visto y la orden del Cardenal son mis fiadores.

GOBERNADOR

Padre, es imposible. El caballero de Mauprat ha sido conducido al Louvre por orden del conde de Baradas.

JOSÉ

Bien está... ¿Pero Hugo?...

GOBERNADOR

Morirá al amanecer.

JOSÉ

¿Al amanecer? Ni un momento puede detenerse mi piadoso ministerio... Se trata de la salvación de un alma. Llevadme adonde está...

GOBERNADOR

No podéis entrar. Son sus órdenes.

JOSÉ

¿Ordenes de quién? El Cardenal es todavía ministro, sus órdenes son antes que todas.

GOBERNADOR

Salvo las de Su Majestad. Ved la firma y el sello reales. Nadie debe ser admitido á presencia de los prisioneros, sin un salvoconducto del conde de Baradas. No insistáis en vuestra pretensión.

JOSÉ

¿Y han de burlarnos? ¡Temed la cólera del Cardenal!

GOBERNADOR

No es de temer; el Cardenal está en desgracia, todo París lo sabe.

JOSÉ

El Cardenal no ha muerto todavía... Os lo ruego, dejadme entrar... ¡Cinco mil ducados!

GOBERNADOR

¡Sobornarme! ¿A mí? ¿A un soldado envejecido en la guerra? ¡Salid pronto!

JOSÉ

¡Diez mil ducados! ¡Veinte mil!

GOBERNADOR

¡Fuera de aquí este hombre! ¡Pronto!

JOSÉ

¡Por esas nobles canas, por esa insignia que ostentáis sobre vuestro pecho, galardón de vuestros servicios á Francia, no consintáis su perdición. Dejadme ver al prisionero.

GOBERNADOR

¡No!

JOSÉ

¡Guarda papeles importantes! ¡Secretos de Estado!

GOBERNADOR

Lo sé, y envié aviso al conde de Baradas, por si le importan.

JOSÉ

¿Al Conde? No hay esperanza.

GOBERNADOR

Ni una palabra más; salid.

JOSÉ

Entregáis vuestra patria á los traidores. Richelieu...

GOBERNADOR

¡Salid!

JOSÉ

¡Todo se ha perdido! *(Sale.)*

ESCENA II

El GOBERNADOR, el CARCELERO y después BERINGHEN y FRANCISCO

BERINGHEN

No me importunéis, amigo, haré lo que pueda en vuestro favor.

FRANCISCO

No me dejáis... ¡Ah, padre! ¡Quiero ver á mi padre!... ¡Un momento nada más, es la última vez!

BERINGHEN

Señor, ese pobre diablo de Hugo envió á decir al conde de Baradas que deseaba comunicarle un secreto de Estado. El Conde acompaña á Su Majestad y no puede salir del Palacio; me envía en su nombre.

GOBERNADOR

Si es así, las órdenes del Conde son leyes. ¡Eh! ¡Muchacho! ¿Cómo entraste de nuevo?

BERINGHEN

Es el hijo de Hugo, ¡pobrecillo!; le hallé á la puerta

llorando y suplicando que le permitieran ver á su padre. (Espera aquí, le verás cuando yo salga.)

FRANCISCO

No, antes entraré con vos.

BERINGHEN

Después, amigo; el Estado es primero.

GOBERNADOR

Los poderes del Conde son terminantes; nadie puede entrar sin su salvoconducto.

BERINGHEN

El mío servirá para los dos. Es su hijo, y ya veis que no es ningún Hércules.

GOBERNADOR

Vos seréis responsable.

BERINGHEN

No temáis; espera aquí. *(Sale Beringhen.)*

GOBERNADOR

Ten calma; ya ves que soy compasivo. No te veré entrar, ¿entiendes? ¡Ah! ¡Entre este pobre muchacho y ese fraile intrigante hay diferencia! *(Al Carcelero.)* Sigamos nuestra ronda.

FRANCISCO

(Solo.) Ya sabe el hijo, que sabe quién es su padre. No pude hallar un padre mejor... El traidor envió aviso á Baradas... Veremos el precio de sus papeles; la vida de un hilo está pendiente. ¿Voces?... ¡Disputan! ¡Luchan! ¡Ah! ¡Los despachos!... ¡El cortesano se apodera de ellos!... ¡Hugo, á pesar de sus órdenes, se resiste!...

¡Ahora yo!... ¡La galería es larga!... ¡Nadie!... (*Al salir Beringhen se arroja sobre él.*) ¡Suelta, ladrón, suelta ó mueres!

BERINGHEN

¡Aquí! ¡Gente! ¡Villano!

FRANCISCO

¡A vida ó muerte! (*Luchan.*)

CUADRO NOVENO

Un salón en el palacio del Louvre.

ESCENA PRIMERA

GASTON, duque de Orleans, y BARADAS

BARADAS

Todo nos sonríe. El Cardenal enfermo, con pocas esperanzas de vida. Aunque viviera ya, no sería como ministro. El Rey está cansado de soportarle, y él, por su parte, desconfía del Rey. Todo nos sonríe. Pero si ese maldito Mauprat hubiera entregado los despachos á cualquier otro... no quiero pensarlo.

GASTON

¿No enviásteis á buscarlos?

BARADAS

¿Enviar decís? No es encargo para confiárselo á cual-

quiera. Solo á estas manos debe llegar un secreto, que es para nosotros de vida ó muerte. No me atrevo á salir de Palacio. Mientras Richelieu viva, ni un espía, ni un criado suyo, deben acercarse al Rey.

GASTON

¿Qué habéis hecho entonces?

BARADAS

Hice traer aquí á Mauprat.

GASTON

¿Y no pudiera ese Hugo, que con tanta insistencia solicitaba veros, haberse apoderado de los despachos?

BARADAS

Hugo estaba con nosotros en casa de Marion cuando salió de ella nuestro mensajero. ¿Cómo pudo saber?... Es astucia suya para salvar la vida. Mas como debemos asegurarnos de todo, envié á nuestro más fiel amigo para que hablase con él. ¡Silencio!... el Rey llega.

ESCENA II

Dichos y el REY

BARADAS

¿Cómo estáis, señor?

EL REY

Resuelto á todo. Pretende separarme de mi hermano; de vos, mi amigo; de Julia; de cuantos amo. Seréis mi-

nistro, y vos, hermano mío, tendréis el mando de nuestros ejércitos. Tú me quieres bien, ¿no es verdad?

GASTON

¿Si os quiero? (Nunca como ahora.)

BARADAS

Puedo yo ser siempre merecedor de vuestra confianza, señor. Para obligar al divorcio al de Mauprat y Julia, solo hay un medio: firmar la sentencia de muerte de Mauprat. A su vista, los dos lo pensarán mejor.

EL REY

La firmaré. Pero no os precipitéis en ejecutarla.

BARADAS

No hay prisa. (*Aparte.*) Una hora de vida.

ESCENA III

Dichos, un CORTESANO, y después JULIA y un CAPITÁN

CORTESANO

Julia de Mauprat, que implora audiencia.

EL REY

Arrepentida de su locura. Puede entrar.

BARADAS

Viene á pediros el perdón de Mauprat. Podéis imponer condiciones.

EL REY

Sois el ministro. A vuestro cargo queda responder. *(Entra Julia, y por otra puerta el Capitán de arqueros.)*

CAPITÁN

(Bajo á Baradas.) El caballero de Mauprat espera.

BARADAS

(A Orleans.) Veamos si guarda la misiva. *(Sale con el Capitán.)*

JULIA

Señor. Me enviásteis á buscar, aquí me tenéis. A vuestras plantas, donde la pena sin culpa puede implorar justicia, si el nombre de Rey es todavía sagrado en la tierra. ¡Perdón, señor! ¡De rodillas lo pido!

EL REY

Perdonar es asunto de Estado. El Cardenal debía ser vuestro procurador.

JULIA

Aquel noble espíritu no vive ya para el mundo. Acaso mientras os hablo, él me oye desde trono más alto, donde los mismos reyes necesitan también ser perdonados. En vos está toda mi esperanza. Señor... *(Entra Baradas.)*

BARADAS

(A Orleans.) No están en su poder. Sonreía mientras yo buscaba en vano. Parecía desafiarme. Veremos...

EL REY

¿Qué pides?

JULIA

Una vida. Reináis sobre miles de vidas, ¿qué es una vida para vos? Para mí, es Francia, es el mundo entero, es mi vida la vida de mi esposo.

EL REY

(*A Baradas.*) Responded por mí. Mi corazón no es de mármol. Dadle una esperanza, ó...

BARADAS

¡Señora, no importunéis al Rey con vuestras súplicas. Su corazón es demasiado compasivo si de hacer justicia se trata, y así confía á sus ministros tan solemne cargo.

JULIA

Érais su amigo.

BARADAS

Lo fuí antes de amarte.

JULIA

¡Amor!

BARADAS

(*Señalando al Rey.*) Yo solo puedo salvarte del tirano, que es ahora mi juguete. Sé mía; consiente en que esa farsa de matrimonio sea anulada, y Mauprat vivirá.

JULIA

¿Porqué no repites en alta voz esas palabras? Sois dos veces traidor y voy á confundiros.

BARADAS

Una palabra, y entrego la sentencia.

JULIA

Detenéos. (*Al Rey.*) Vuestro corazón es generoso, aunque no quiera responderme. Nacísteis para ser Rey, y el poder no os desvanece como á las almas ruines que no nacieron para él. Desterrad á mi esposo, anulad nuestro matrimonio, encerradme en un convento para siempre, pero dejad que viva... ¡Su vida!

EL REY

Ya lo oiste, Baradas. Es preciso anular ese matrimonio. Y después...

JULIA

Ser su esposa, ¿no es eso?

EL REY

Por fórmula, por vuestro decoro.

JULIA

¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Dejadme! ¡Dejadme! Pedía su vida por compasión, no como precio de su deshonra. Adrián y yo sabremos morir juntos maldiciendo vuestra maldad.

BARADAS

Escucha: te adoro, no me resigno á perderte. Puedo colocarte cerca del trono, acaso en el mismo trono. ¿Qué decides?

JULIA

¡No, no; dejadme... la muerte! ¡Oh! ¡Esperad... sed humanos! (*Pasa Mauprat para la galería del fondo entre soldados.*)

BARADAS

Mira tu esposo. ¿Debe morir sabiendo que pudiste salvarle?

JULIA

¡Adrián... habla!... Dí que prefieres la vida á la deshonra, al amor de tu Julia, y soy tu esclava...

MAUPRAT

¡Qué importa la vida! ¡El amor es inmortal!

JULIA

Ya lo oís. Mi corazón es de bronce. ¡La muerte!

BARADAS

Dí á quién entregaste los papeles y vivirás.

MAUPRAT

No sabrás nada.

BARADAS

(Lo veremos.) Al tormento.

MAUPRAT

¿Qué tormento peor que la conciencia? Ese será el tuyo por siempre.

BARADAS

¡Llevadle! Cúmplase la sentencia.

ESCENA IV

Dichos y RICHELIEU, seguido de guardias, pajes y sostenido por JOSÉ

JULIA

¿Vivís, padre mío? ¡Gracias, Dios mío! Adrián no morirá.

RICHELIEU

Si la súplica de un pobre viejo, cerca también de la muerte, puede algo. Conde, sois mi heredero en la tierra. Concededme una sola gracia: la vida de este soldado.

BARADAS

En nuestra partida yo jugaba la cabeza, ¿os acordáis? Gané, y no quiero perdonaros nada de cuanto os he ganado. ¡Llevadle!

RICHELIEU

Un momento todavía. *(Al Rey.)* ¡Señor! vuestro antiguo servidor, moribundo, desea aliviar vuestra conciencia, y se anticipa á vuestros deseos. Resigno mis poderes.

MAUPRAT

¿Vos?

JULIA

No hay esperanza.

RICHELIEU

Mi fin está cercano. ¿Permitiréis que pueda bendecir á los que amé? No os pido su vida. Un instante nada más para despedirme.

BARADAS

(Al Rey.) ¡Señor!...

EL REY

¿Cómo negar á un moribundo?

RICHELIEU

Confiad el mando de vuestras tropas á nuestro noble hermano el duque de Orleans. Vuestro ministro, el conde de Baradas. Excelente elección. Los secretarios de Estado vienen conmigo para entregarle los libros del gobierno. Háganse cargo estos nobles señores, en mi presencia, de la gloriosa tarea que les aguarda.

EL REY

Decís bien. Acercáos.

RICHELIEU

¡Aire, me ahogo, aire! *(A los que acuden á sostenerle.)* ¡Gracias! *(A los Secretarios.)* ¡Acercáos, hijos míos!

SECRETARIO 1.°

Asuntos de Portugal. De extrema urgencia. Un mes ha el duque de Braganza era un rebelde.

EL REY

¿Lo es todavía?

SECRETARIO 1.°

No señor, ha triunfado. Ahora es Rey de Portugal, y demanda auxilio contra las tropas españolas.

EL REY

No podemos concederlo contra su legítimo Rey. ¿Qué decís, Conde?

BARADAS

Ciertamente.

SECRETARIO 1.°

El español fué siempre vuestro más temible enemigo. Cuanto pueda debilitarle fortalece á Francia. El Cardenal hubiera enviado socorro.

EL REY

¿El Cardenal? ¿Qué pensáis, Conde?

BARADAS

Sí, en efecto, lo pensaré. Pasad adelante.

SECRETARIO 1.°

¡Pero!...

BARADAS

¡Pasad adelante!

JOSÉ

¡Hum!

SECRETARIO 2.°

Asuntos de Inglaterra. De extrema urgencia. Carlos I

perdió una batalla que decide la muerte de su reino. Solicita dinero y auxilios.

EL REY

Los tendrá.

BARADAS

Sin duda.

RICHELIEU

Perdonad, señor. La causa de Carlos está perdida. Un tal Cronwell, un grande hombre en verdad, es dueño de Inglaterra... Vuestro socorro sería inútil... Reflexionad.

EL REY

Reflexionad, Conde.

JOSÉ

¡Hum!

EL REY

(*Aparte.*) Tarde lo advierto. Richelieu no tiene sucesor. Los tronos se hunden, los reinos se pierden. Solo la tierra en que él domina está firme y segura.

JOSÉ

Apenas eclipsada vuestra estrella, observad al Rey. ¡Ah, si los despachos estuvieran en nuestro poder!

BARADAS

(*A los Secretarios.*) Adelante, señores.

SECRETARIO 2.º

Correspondencia secreta. Relación de espías, desertores, herejes, asesinos... todo urgente.

EL REY

¡Todo urgente! (*Entra Francisco.*)

FRANCISCO

(Cayendo á los pies de Richelieu.) ¡Señor!

RICHELIEU

¡Sangre! ¿Estáis herido?

FRANCISCO

Nada... un rasguño. Nada hay imposible. *(Entregándole los despachos.)*

RICHELIEU

¡Ah!...

SECRETARIO 2.°

Los españoles han reforzado su ejército en la frontera de Italia. El duque de Bouillon....

RICHELIEU

(Al Rey.) Á propósito... Estos despachos, señor... Leedlos vos mismo. Acaso puedan importar en este asunto. El Conde os dará su consejo. *(Entra Beringhen y habla con Baradas.)*

BARADAS

(Después de oirle.) ¿Qué decís? *(Queriendo acercarse al Rey.)* ¡Pronto

JOSÉ

¡Detenéos, señor! Ahora es nuestra vez.

BARADAS

¡La muerte!

EL REY

¿Para el duque de Bouillon? ¿Y firma Orleans? ¿Y también Baradas? ¿La alianza con nuestros enemigos de España? ¿Sus tropas en París, contra mí? ¿Mi hermano Regente?... ¡Por todos los santos! ¿Qué traición es ésta?

JOSÉ

(Mostrándole á Richelieu, que se ha desmayado.) ¡Ved! ¡El Cardenal se muere!

EL REY

¡Richelieu! ¡Cardenal! Yo soy el que debe abdicar. ¡Reinad vos!

JOSÉ

Es tarde. Se muere.

EL REY

No es posible... Reinad, Richelieu.

CHELIEU

(Con voz débil.) ¿Con poder absoluto?

EL REY

¡Absoluto! Vivid, si no por mí, por vuestra Francia.

RICHELIEU

¡Francia!

EL REY

Los traidores...

RICHELIEU

Descuidad. *(Dando un pliego al Capitán.)* Para Chavigny. Ya sabe mis órdenes. En mi nombre hará prisionero al duque de Bouillon al frente de sus tropas. ¡Conde de Baradas, perdísteis la partida! Recordad lo que jugábais en ella. ¡Prendedle! Julia, la sentencia de vuestro Mauprat. *(Rompiéndola.)* Abraza á tu esposo. Por fin el pobre viejo puede bendeciros.

JULIA

Para no separarnos nunca.

MAUPRAT

Para amaros siempre.

EL REY

Vuestra curación ha sido maravillosa.

RICHELIEU

¿Qué queréis? En un instante he sentido el espíritu de Francia dentro de mí. ¿Qué amante mejor que la patria para un Rey? Señor de Beringhen, los aires de París no convienen á vuestra salud, no quisiera que peligrase vuestra vida. *(A Orleans.)* Para vos arrepentimiento, ausencia y confesión. *(A Francisco.)* Ya lo ves. No hay nada imposible. Eres un valiente, José; serás obispo.

JOSÉ

¡Ah, Cardenal!

RICHELIEU

¡Ah, José! Ya lo veis, señor. Sobre nuestras luchas y nuestras intrigas, nuestros triunfos y nuestras desgracias, en que parece triunfar la discordia sobre la tierra, el amor y la dicha resplandecen siempre.

EL REY

¿Gracias á nuestro primer ministro también?

RICHELIEU

No. Gracias á quien gobierna la misteriosa armonía del mundo mejor que todos los ministros. *(Telón.)*

FIN DEL DRAMA